

ARENA REINA

Por Alejandro Aristimuño

I

Ella estaba alcoholizada, lo suficiente para relajarse y ceder la iniciativa pero, al mismo tiempo, no perder el control de la situación, por lo que en adelante no iba a suceder nada que no quisiese. Entonces él, que se encontraba al volante del auto en el ambos viajaban, propuso dirigirse a un hotel alojamiento ubicado en el ingreso a la villa balnearia, sobre la ruta, ya que en el casco urbano de dicho centro turístico no había establecimientos de ese tipo. Además, un sitio apartado y poco concurrido resultaba ideal para la ocasión. Cuánto menos caras conocidas nos crucemos, mucho mejor, pensó el conductor al cruzar el portón de madera de entrada al hotel que constaba de un amplio chalet principal en el que funcionaban la recepción y las dependencias para sus empleados, y otros más pequeños, también tipo alpino, distribuidos alrededor del primero y entre la espesura del bosque que ocupaba gran parte del terreno de una manzana de extensión delimitada por un alto paredón de ladrillos a la vista.

Cada uno de esos alpinos contaba con una sola gran habitación en la planta alta y un estacionamiento semicubierto para vehículos en la planta baja, por lo que al dormitorio se accedía por una escalera que llevaba hasta la puerta de ingreso situada en el frente del amplio ambiente en cuyo uno de los laterales se hallaba una cama de dos plazas, sendas mesitas de luz a cada lado de la misma y un televisor colgado de la pared; y en el extremo opuesto funcionaba un living con un juego de sillones y una ratona ubicados junto al minibar. Separado por una arcada nacía un pasillo por el que se llegaba al baño en el que había una ducha cómoda y cerrada por mamparas transparentes. Sólo las habitaciones más lujosas, las cuales ya habían sido ocupadas esa noche, ofrecían jacuzzi y una silla especial para practicar posturas variadas como las del

Kama Sutra, aunque a ninguno de los dos protagonistas les interesaban los hidromasajes ni las contorsiones excitantes a las que sus cuerpos usados no estaban habituados.

La mujer subió la escalera lentamente para no tropezar con los tacos de sus botas de cuero marrón en los angostos y disparejos peldaños de madera, mientras que el hombre la siguió de cerca, tan solo unos pasos detrás y apoyando gentilmente su mano sobre la cintura de ella para evitar que ésta perdiera el equilibrio, aunque fuese de los dos la menos afectada por las bebidas alcohólicas consumidas por ambos. Espero que se me pare, sino, me la corto, se dijo él, que en el último tiempo se había acostumbrado a tomar en exceso pero sin compañía ni la posibilidad de tener sexo. Ella, en cambio, solía beber poco para que no se relajasen tan fácilmente tanto su cuerpo como su mente.

Al llegar al umbral de la puerta, la mujer se hizo a un costado para que su acompañante, que llevaba la llave en la mano, abriese. La pareja entró y se encontró con una habitación completamente a oscuras, como si hubiese pasado mucho tiempo desde la última vez que alguien estuvo allí. Él encendió todas las luces y el interior del pequeño chalet apenas cobró un tono ámbar. La falta de uso, además, había generado un clima fresco, más frío que el del exterior, por lo que ella comenzó a frotarse ambos brazos cubiertos por un saco negro y cruzados sobre su pecho escotado y en el que descansaba un collar de falsas perlas. Entonces él encendió inmediatamente la estufa eléctrica, algo poco común para esa época del año y, sobre todo, luego de una jornada con una temperatura agradable. Definitivamente, todo en aquella noche era especial.

-¿Estás para otro trago? –preguntó él mientras se sacaba la campera de jean y la arrojaba sobre la cama.

-Claro, ¿o te pensás que sos el único que puede tomar un poco de más? –respondió ella acomodando su atlético cuerpo en el sillón y cruzando sus largas piernas

contenidas en un ajustado vaquero color verde musgo que denotaba el fruto de incansables horas de gimnasio.

El hombre sonrió y, callado, caminó lentamente hasta el minibar de donde tomó una botella de whisky por la mitad y sirvió dos vasos. Luego, la pareja bebió en silencio sin apartar la vista el uno del otro. “Voy a poner un poco de música”, indicó la mujer levantándose con suma agilidad, lo que dejaba en claro que podía estar algo mareada pero de ninguna manera iba a perder el equilibrio. ¡Cómo me gusta ese culo!, se dijo él mientras la veía, desde atrás, dirigiéndose hasta el control del equipo de audio incrustado en el respaldo de la cama.

Segundos después comenzó a sonar una balada rock, clásica de finales de los 80' y en Do, con una melodía silbada y una letra en inglés en la que un hombre le cantaba a una mujer que la necesitaba, que iban a estar bien juntos pero que debían tener mucha paciencia para lograrlo. Era un clásico lento para bailar de a dos, como en los viejos “asaltos”, pero ella prefirió ensayar un paso sola, meneando sutilmente sus caderas de un lado al otro. “Tomalo con calma... todo saldrá bien... Hazlo lento... porque las luces están brillando fuerte...”, se escuchó de fondo, al compás de un arpegio de una guitarra acústica.

Ella permaneció bailando de pie junto a la cama y de espaldas a él, que dejó el vaso de whisky apoyado sobre la ratona y con una caminata acelerada llegó hasta donde se encontraba la mujer, quien encendió otro cigarrillo. El hombre la abrazó por la espalda y la besó en el único resquicio del cuello que no estaba tapado por la larga y ondulada cabellera color castaño claro de ella, que al sentir los labios húmedos sobre su piel cerró los ojos y exhaló una densa bocanada de humo.

Ambos cuerpos se movían al compás de la música y él le sacó el cigarrillo de la mano, por lo que ella se dio vuelta y la pareja quedó cara a cara. El hombre dio una pitada mientras la mujer sonreía.

-No sabía que fumabas –indicó ella retomando el cigarrillo con su mano y luego apagándolo en el cenicero de la mesita de luz junto al que había una tira de tres preservativos y unos caramelos de menta en un diminuto bol de vidrio barato.

-No fumo. Pero me diste ganas de hacerlo –señaló él sin soltar la cintura de ella, cada vez más pegada a la suya.

-Veo que esta noche puede pasar de todo.

-Eso espero –asintió el hombre y después besó intensamente la boca de la mujer, que soltó el collar con el que jugueteaban sus finos dedos, rodeó el cuello de su amante con ambos brazos y apretó su vientre contra la entrepierna abultada y endurecida de él.

Las gruesas manos masculinas se posaron en los glúteos firmes de ella y tras masajearlos unos momentos, la mujer se sentó en el borde de la cama y comenzó a desabrocharle el cinturón del pantalón. Mientras tanto, el hombre, que seguía de pie, se sacó la camisa a cuadros tipo leñadora y la remera blanca de mangas cortas que llevaba puestos y quedó con su torso desnudo. “Te hacía más rellenito”, dijo ella al ver los abdominales marcados. “Quizás doy esa impresión porque suelo usar ropa suelta”, respondió él conteniendo el aire para contraer sus músculos.

La mujer se recogió el cabello con una cola y luego le bajó los pantalones y el *bóxer* hasta los tobillos. El pene erecto de él quedó a la vista sólo por unos segundos porque ella no tardó en introducirlo prácticamente entero en su boca. Le practicó un sexo oral suave y lento, pero sostenido, con mucha lengua moviéndose sobre el glande y, especialmente, el frenillo.

Al tiempo que ella succionaba con destreza, él se estremecía y trataba de acariciar los senos de la mujer, quien al advertir la dirección que tomaba su amante se echó hacia atrás, irguiéndose, para que pudieran sacarle su remera y corpiño, del mismo color que el saco que momentos antes había arrojado sobre al alfombra situada junto a la cama.

Una vez que su torso estuvo completamente desnudo, la mujer se puso de pie para que él comenzara a lamer sus turgentes pechos naturales decorados con algunas pecas alrededor de los pezones en punta y el collar que se mezclaba travieso entre los dos cuerpos calientes y sudorosos. Embelesado, el hombre recorrió la piel tostada de su amante, cuyo torso sólo quedó cubierto por el accesorio de perlas de imitación, y ella acarició su cabellera morocha, con algunas canas pero más abundante que la de la gran mayoría de los hombres de su edad, tras lo cual, se recostó sobre la cama sin siquiera retirar la colcha.

Entonces él se sacó sus zapatos y retiró sus pantalones y calzoncillos, y acto seguido hizo lo mismo con ella hasta que la vagina de ésta, prolijamente rasurada, quedó completamente al descubierto. A pesar de que es una mina grande está re fuerte. No tiene un rollito ni una marca de celulitis. Sólo se le encarna el elástico de la bombacha y apenas se alcanza ver la cicatriz de la cesárea, concluyó el hombre que, al ver aquel hermoso paisaje, se zambulló entre las piernas de ella y lamió su clítoris con fuerza, atravesando el orificio vaginal con sus dedos índice y mayor. La mujer jadeó hasta morderse los labios. “Despacito”, susurró. “No pares, seguí, seguí”, agregó y él, como un perro fiel, obedeció hasta que la lengua se le adormeció y se le hizo agua la boca.

Afortunadamente para él, su excitación era más fuerte que el grado de alcohol en sangre, por lo que no tuvo mayores inconvenientes en mantener su erección. Sin

embargo, y a pesar de que ella estaba encantada con el sexo oral que le estaba practicando, hizo una breve pausa para colocarse el preservativo, una precaución que había dejado de lado en los últimos años de su monótona vida sexual.

Una vez colocado el preservativo, el hombre se montó sobre su amante y la penetró. La mujer gimoteó tras el primer contacto profundo pero rápidamente se liberó y comenzó a gozar como él se movía delicadamente pero sin cesar y con suma intensidad. Pasaron unos pocos minutos hasta que ella tuvo su primer orgasmo, ruidoso momento en el que rasguñó la espalda de él y éste, al advertir que aquella acababa de alcanzar el clímax, se excitó aún más y aceleró sus penetraciones.

Recién cuando él acabó con una exclamación incomprensible, ella lo soltó y lo separó ligeramente de su cuerpo. Y una vez que el hombre se acostó de espaldas sobre la cama, la mujer se cubrió con las sábanas y sentada contra el respaldo encendió un nuevo cigarrillo.

Aun agitado, él se puso de pie y antes de que su pene se frunciera del todo, caminó hasta el baño para retirarse el preservativo. Cuando regresó a la cama, ella le había hecho un lugar bajo las sábanas y lo esperaba acostada.

El segundo coito fue más largo y charlado. Ella le propuso colocarse arriba de él y a medida que se balanceó en forma circular para disfrutar al máximo de la penetración le fue preguntando si así le gustaba. La mujer tomó las riendas de aquel *round* mientras su amante, desde abajo, gozó sin esfuerzo de sus expresiones de placer y de cómo se bamboleaban sus senos. Él sólo se sentó para besar esos pechos e introducir su dedo índice en el ano de ella y así acercarla al orgasmo. La maniobra fue un éxito y la mujer volvió a acabar, esta vez, acompañando la agitación de su cuerpo con un prolongando “¡aaahhh!”, seguido de un “¡¡¡sí!!!”.

El hombre, acostado con los brazos cruzados detrás de la nuca, se sentía un rey pero todavía le faltaba apoderarse del botín más valioso para él: la cola de su amante. Así que primero bebieron otro par de vasos de whisky y reposaron un rato callados, con ella apoyada sobre su pecho. “¡Qué pectorales, pibe!”, exclamó la mujer al acariciarlos con sus sedosas yemas que se perdían entre los vellos gruesos y negros que cubrían aquel tórax bien varonil.

-Eso es de hacer muchos fierros, ¿no?

-Nunca fui a un gimnasio. No me gusta –aclaró él apoyando sus manos sobre las de la mujer, que seguía mirándole el pecho.

-Pero están trabajados.

-De hacer gimnasia cuando salgo a correr. Nada más que por eso.

-¿Gimnasia?

-Sí, una o dos veces por semana salgo a correr para estar en forma para los partidos de fútbol de los sábados en el club y aprovecho para hacer flexiones de brazos, abdominales y espinales. Nada del otro mundo.

-Mirá vos –asintió ella colocando su dedo índice en el ombligo de él, lo que a éste le provocó cosquillas-. A mí me gustan los gimnasios aunque últimamente se convirtió en un punto de encuentro de pendejos cada vez más babosos.

-Bueno, a mí no me gustan porque hoy se parecen más a un boliche. Van todos a mostrarse, a escuchar música y de levante.

-No todos, eh.

-Puede ser. Siempre hay excepciones.

-Como yo, por ejemplo –bromeó la mujer y después levantó la cabeza para besarlo en los labios, a lo que él respondió llevando ambas manos hacia la cola de ella.

De esa manera dio comienzo al tercer asalto, en el que el hombre hizo que la mujer se acostara boca abajo para luego frotar su pene sobre la raya que dividía los glúteos de ella hasta que su miembro volvió a ponerse tieso.

¡Cómo extrañaba el *frotting!*, se dijo él en referencia a cómo un viejo amigo suyo acostumbraba a llamar esa fricción. Y si bien esa posición no era su preferida y no llegó al orgasmo, ella disfrutó mucho con el placer que le proporcionó su amante, que mientras la penetraba vaginalmente le volvió a colocar un dedo en el ano.

El instinto de hombre le generó un tremendo deseo tener acceso carnal sin preservativo y acabar sobre la cola o los senos, o que ella se tragase un caliente chorro de semen. También le hubiese gustado tener unos quince años menos y colocarla de pie y de cara a la pared, levantarle una pierna tomándola a la altura del muslo para despejar el camino hacia el orificio anal y penetrarla tan fuerte que la mujer terminase con ambas palmas, mejilla y pechos aplastados contra el muro. Pero ya no era un jovencito y, además, se trataba de la primera noche que pasaban juntos, por lo que había demasiado en juego como para arriesgarlo todo ante el más mínimo rechazo o desacuerdo, por lo que desistió de poner en práctica esas variantes.

-Hacía mucho tiempo que no me divertía tanto teniendo sexo -sostuvo él una vez que ambos volvieron a quedar acostados de espaldas, uno al lado del otro.

-¿Y yo? Sabés hace cuánto que no tenía sexo, directamente -se mofó ella con una risita que esa noche no la había abandonado en ningún momento.

El hombre rió y luego acarició el pelo de la mujer que se lo había vuelto a soltar y ahora decantaba como dos chorros de agua de río que corrían paralelos hasta sumergirse en el profundo valle de las montañas de sus pechos.

-Creo que esta fue la primera vez en toda mi vida que te vi con el pelo atado.

-Es que casi nunca me lo recojo. No me gusta. Sólo lo ato en determinadas situaciones en las que me puede molestar.

-Situaciones excepcionales, se podría decir.

-Exacto.

-Como esta, ¿no?

-Y sí, ¿qué te parece?

Todavía quedaba media hora para que terminase el turno, así que ella se fue a al baño a darse una ducha. Él la hubiese acompañado pero estaba más que conforme con su rendimiento sexual y no quería exponerse a quedar involucrado en un nuevo asalto que pudiese perder por puntos, ante lo cual, prefirió dormir y esperar el regreso de la mujer. Cuando ésta lo hizo, envuelta en un toallón que la cubría desde los pechos hasta las rodillas, él seguía desnudo debajo de las sábanas y la vio más hermosa que nunca.

-Es tarde y todavía estoy medio en pedo para manejar, ¿qué te parece si nos quedamos a dormir y mañana desayunamos juntos? -preguntó el hombre a pesar de que esa propuesta le iba a provocar un fuerte dolor de billetera, mientras ella se sentaba a los pies de la cama, dándole la espalda, y se colocaba su bombacha que hacía juego con el corpiño y había quedado tirada y hecha un bollo en el piso.

-Como vos quieras. Eso sí, no vamos a dormir todo el tiempo que estemos juntos

-respondió ella al darse vuelta, ya sin el toallón y en ropa interior.

-No hay problema. Me la banco, querida.

Los dos largaron una fuerte carcajada y ella volvió a acostarse al lado de él, y estuvieron abrazados y charlando hasta que la mujer se quedó dormida y lo dejó hablando solo. Sin más remedio, el hombre cerró sus ojos y concilió rápidamente el sueño, y cuando volvieron a despertarse comenzaba a amanecer.

-Te dije que no íbamos a dormir solamente -dijo ella y tanteó el pene de su amante que respondió besándola apasionadamente y arrancándole la ropa interior.

Este nuevo coito fue más relajado. Él, aprovechando que por la mañana su organismo funcionaba a pleno, que ya había utilizado toda la tira de condones que proporcionaba el hotel y que estaban haciendo “cucharita”, introdujo lentamente su glande desprovisto de látex en la vagina tibia y resbaladiza de ella, y se mantuvo atento a la reacción de la mujer que, por su parte, no puso reparos porque, según ella, le gustaba que se lo hicieran “de costadito”.

En ese escenario ideal, él continuó hasta que estuvo a punto de eyacular. Ahí se contuvo unos instantes, aguardó a que ella acabase primero y finalmente se liberó (aunque no en la parte del cuerpo femenino que más feliz lo habría hecho) cuando su amante le aclaró que se encontraba en esos días de su ciclo menstrual en los que no había ningún riesgo.

Todavía seguían sin aliento cuando el conserje llamó para avisar que el pernocte estaba por finalizar. Así que se dieron una ducha tan rápida que no alcanzó el tiempo para un poco de sexo oral bajo el agua, lo que hubiese complacido a ambos.

Tras alistarse y pagar la cuenta en el *lobby* (el hombre cargó todo el saldo en su tarjeta de crédito) abandonaron el hotel alojamiento y a bordo del auto atravesaron una densa niebla que cubría la ruta y sus alrededores. Se movilizaron hacia el saliente, en dirección al mar y recién cuando se acercaron lo suficiente al agua el cielo empezó a abrirse.

-Me agarró hambre –indicó ella sin apartar la vista de su *smartphone* el cual lo acababa de encender luego de haberlo dejado apagado durante toda su estadía en el hotel alojamiento-. ¡Qué bonito! –expresó al leer uno de los mensajes instantáneos entrantes a su celular.

¿Lo dirá por mí? No creo, pensó el conductor y, mientras trataba de ver de reojo lo que sucedía en la pantalla del teléfono móvil de ella para confirmar su hipótesis, le dijo:- Yo también tengo hambre.

-Entonces vamos a desayunar –comentó la mujer haciendo a un lado su celular-. Después de todo el ejercicio que hicimos, nos lo merecemos.

El hombre aceleró por la avenida principal de la villa que desembocaba en la playa y la marcha se prolongó más de lo esperado ya que era demasiado temprano y todavía no habían abierto los locales gastronómicos. De todos modos, no tenían demasiadas pretensiones. Sólo buscaban que les sirviesen un café con leche caliente acompañado de unas medialunas. En ese momento, él recordó que la noche anterior le habían recomendado una panadería atendida por sus dueños de origen austriaco, ubicada frente al mar, cerca del muelle y que tenía un salón para que los clientes pudiesen consumir ahí mismos sus delicias. Tras recorrer en sentido sur por varias calles alejadas del centro, y después de dudar por varios instantes de poder lograrlo, el conductor finalmente encontró aquel comercio, gracias a que tuvo un poco de paciencia, como en la canción.

Un rato más tarde, ya sentados en la coqueta sala de estar de la panadería con vista a un jardín delantero provisto de unas flores coloridas, los dos amantes pudieron desayunar y, doblemente satisfechos, observaron a través del último resabio de bruma y a la distancia cómo el sol, ausente en las jornadas anteriores de ese fin de semana largo, doraba tímidamente la espuma de las olas que discurrían como un murmullo sobre la arena húmeda y sin pisar ya que se encontraban en los albores de un domingo fuera de la temporada de verano, por lo que escaseaban los pescadores sobre el maltrecho espigón de cemento y los paseantes en la costa, y sólo se escuchaban, como un eco difuso, los recuerdos de las últimas vacaciones.

-Mejor pedí la cuenta porque se nos está haciendo tarde –sugirió ella guardando su teléfono móvil en su cartera-. Quiero que lleguemos antes de que se levanten.

-Está bien. Ya la pido –respondió él-. Igualmente, lo más probable es que estén durmiendo todavía.

Tanta movida por una foto, pensó el hombre dejándose llevar por las emociones del momento a pesar de que en el fondo sabía perfectamente que si no hubiese sido por esa bendita fotografía los dos no habrían pasado la noche juntos.

II

Pedro caminaba sin mapas ni brújulas. No los necesitaba porque no se encontraba perdido aunque no estaba completamente seguro de qué lo esperaba al final de aquel recorrido bajo un sol cada vez más débil que emprendía una lenta y sutil retirada detrás de unas dispersas nubes blanquecinas que bailaban lentamente y envueltas en una brisa marina. Llevaba a su pequeña hija de la mano mientras recorría un territorio que a él le resultaba viejo y conocido, más viejo que conocido ya que hacía muchos años que no lo visitaba. La última vez que había estado por esas playas él era un adolescente. Sin embargo, le parecía que varios aspectos de ese lugar permanecían exactamente igual. Claro que esto no era realmente así y los hechos contradecían sus sentidos colmados de nostalgia.

Con cada paso suyo crujían los maderos de la ancha pasarela que ocupaba el lugar de la vieja avenida costanera lindera a los distintos balnearios y de fondo sonaba el arrullo del oleaje. Ahora, la playa quedaba más cerca de las construcciones levantadas en lo que antes era la vereda de enfrente a la avenida. “¿A dónde vamos, papi?”, preguntó la niña tirando de la mano de su padre. “Quiero mostrarte adonde venía yo de vacaciones con los abuelos”, respondió el hombre.

Sobre la pasarela abundaban las parejas de paseantes que completaban la sinfonía con un cuchicheo trivial mientras disfrutaban de una caminata durante un atardecer apacible, con una temperatura adecuada a la media estación y poco viento. Sin embargo, Pedro detuvo su marcha y levantó el cierre del saco de algodón con corazones estampados que llevaba puesto su hija. Luego colocó la capucha sobre la cabeza de la niña para protegerla del frío y también evitar que se le enredaran los bucles rubios ceniza de su tupida cabellera con la arena suspendida en el aire húmedo y salado. Es que

el hombre no quería que al regresar del paseo su mujer, que esa tarde había decidido permanecer en el departamento, lo reprendiera porque su hija se había desalineado, otra vez.

Tras acelerar su marcha, y prácticamente arrastrar a su hija hasta que ésta se cansó y él tuvo que alzarla con sus brazos, Pedro arribó al sitio que había estado buscando durante el último rato largo. Frente a él, sobre una lomada, seguía en pie aquel edificio de dos pisos ubicado de cara al mar, al otro lado de la pasarela y a unos pocos metros de la esquina con una callecita aún de arena que desembocaba en la playa. Detrás de esta construcción modesta, que constaba de paredes revocadas y pintadas de un beige claro, ventanales largos hasta el piso y un techo de tejas coloniales rojas apoyadas sobre tirantes y un machimbre blancos, permanecía a la vista aunque algo más raquítico, el famoso pinar de la villa. El cartel de la entrada a la hostería era el mismo trozo de madera que Pedro había conocido durante su adolescencia pero lo veía mucho más gastado por los inevitables efectos de los potentes rayos de luz veraniega y la omnipresencia de la sal a través del paso del tiempo: *Solar del Bosque*, todavía se podía leer en ése rectángulo tallado a mano.

El cartel seguía colocado en el mismo lugar que Pedro le otorgaba en su memoria: en el jardín delantero que daba a la vereda y a un costado del ingreso de autos al estacionamiento; sin embargo, ese paso ahora estaba anulado por un gran tronco de pino atravesado que, a su vez, servía de banco. Era un tronco similar al situado al otro lado del cartel, junto a los canteros adornados con unas pocas flores de colores.

Desde la pasarela, el Solar del Bosque parecía un prisma que atravesaba el terreno lateralmente, de derecha a izquierda, pero al entrar al patio delantero de esa primera edificación se podían observar otros dos inmuebles de similares características y dimensiones, uno situado perpendicularmente en el extremo lateral y el otro en forma

transversal sobre el límite trasero, terminando de conformar una especie de “C” alrededor de una pileta de natación que funcionaba en el medio de los tres y se conectaba con el estacionamiento. Y la posición ligeramente elevada sobre el nivel del mar que ostentaba la hostería implicaba que sus huéspedes gozaran de una gran vista.

Pedro se sacudió la arena de las zapatillas en la alfombra metálica de la entrada y su hija lo imitó. Luego ingresaron a la recepción unida al restorán de la planta baja y en el que había un pequeño escritorio de madera sobre el que funcionaban una computadora y un teléfono. Detrás de esa mesa de trabajo, sobre la pared, estaba clavado un tablero con el nombre de la hostería y del que colgaban las llaves de las distintas habitaciones.

Como no halló a ninguna persona que lo atendiera, Pedro caminó directo hacia el interior del restorán en el que vio a un hombre beber café de un pocillo y leyendo el diario sobre un mostrador ubicado en el fondo del salón. Era el único ocupante del ambiente, cuyas paredes estaban decoradas con distintas fotografías enmarcadas, y no se percató de la presencia del visitante hasta que este se le acercó y carraspeó.

-¿Pedro? -preguntó aquel hombre sorprendido.

-Sí, soy yo -respondió la visita, que se mostró dubitativa por unos segundos-.

¿Franco?

-El mismo -asintió con una sonrisa-. ¡Vos sí que estás siempre igual, eh!

Franco Dalla Costa, salió de atrás del mostrador y abrazó a su viejo amigo.

-A vos tampoco te va mal –ironizó Pedro dando unas palmadas en la abultada barriga de Franco quien, además del sobrepeso, también evidenciaba el paso de los años en una incipiente calvicie en la coronilla.

-¡No sabés cuánto me alegra verte, Pedro!

-Lo mismo digo –replicó el visitante y ambos se fundieron en un abrazo prolongado.

-¿Y esta nena tan linda quién es? -preguntó luego el anfitrión agachándose hasta quedar a la altura de la hija de Pedro que, avergonzada, se escondió detrás de las piernas de su padre a las que se aferró fuertemente-. Mi hijo menor debe tener la misma edad que ella.

-Vos tenías tres chicos, ¿no?

-Sí, por desgracia –bromeó Franco largando una carcajada.

Por su parte, Pedro le indicó a su hija que se quedara jugando en el salón mientras él iba a charlar con su amigo aprovechando que éste se encontraba solo.

Aquellos dos viejos compinches no se habían visto las caras en muchísimos años pero al menos habían intercambiado esporádicamente y vía Internet algunas fotografías para mantenerse al tanto de los principales acontecimientos de sus respectivas vidas, como el matrimonio y los hijos, principalmente.

-Vení –le indicó Franco a Pedro señalando una de las mesas vacías del restorán-, sentémonos por acá. ¿Querés un café?

-Dale -respondió Pedro ubicándose en una de las sillas, al tiempo Franco regresó hasta el mostrador para preparar un par de cortados en la máquina de café expreso.

En tanto, la niña se alejó de la mesa y empezó a correr de un lado al otro del restorán, hablando sola por un teléfono celular de juguete que sus padres le habían regalado recientemente después de que ella insistiera en tener uno de verdad, como algunas compañeritas suyas del jardín.

-Si querés, puede ir a jugar al patio. La pileta está llena pero enrejada, así que no te preocupes por eso -indicó Franco una vez que regresó a la mesa con dos pocillos en las manos.

-No, está bien. Prefiero que juegue por donde yo la puedo ver. Además, es un poco miedosa y no se aleja demasiado de sus padres.

-¿Ah, sí?

-Si no me llega a ver quizás se largue a llorar y eso sería peor que verla aburrída.

-Entonces dejémosla tranquila.

Franco era el actual dueño de la hostería que había sido propiedad de su padre hasta la muerte de éste, ocurrida hacía unos años a raíz de un cáncer terminal. Originariamente, el terreno donde se levantaba aquella construcción había sido adquirido por los abuelos de Franco cuando la villa era un completo desierto. Muchos años después de la compra del lote, cuando todavía no habían colocado ni un solo ladrillo de lo que sería finalmente “El Solar”, como solían llamarlo los que más lo conocían, el fundador del pueblo comenzó con una intensa tarea de forestación para fijar los médanos y así surgió el gran bosque de pinos que rodeaba la hostería y que terminó siendo declarado una reserva natural, razón por la cual, nadie más pudo comprar ni un metro cuadrado, lo que convirtió a los Dalla Costa en una familia con privilegios únicos e irrepetibles.

En la villa también había eucaliptos y acacias, aunque predominaban los pinares ubicados en distintos puntos de una geografía sin demasiada extensión, comparada con otros balnearios de la costa. Y si bien no todos formaban parte de la reserva, cada árbol estaba protegido por la Ley ya que la Municipalidad exigía a cualquier ciudadano que si por alguna razón debía talar uno en un terreno de su propiedad debía reemplazarlo por otros dos en el mismo lote o, si eso le resultaba imposible, en otro sitio del pueblo.

-¡Qué distinta se ve la playa sin la avenida! -exclamó Pedro tras beber un sorbo de su cortado.

-¿No la habías visto nunca así? -se sorprendió Franco, quien había dejado intacto el pocillo sobre la mesa para que se entibiara-. ¿Hace cuánto que no venías a la villa?

-¡UF! -Pedro alzó su mano derecha y luego la llevó hacia atrás de su cabeza-. Creo que desde que terminé el secundario, así que saca la cuenta.

-¡Cómo pasa el tiempo, che! Estamos hechos unos viejos chotos.

-¡Dejate de joder! No estamos ni cerca de eso.

-Vos lo decís porque te conservás bien. Mirame a mí -Franco se apuntó con los dedos índice de ambas manos, resignado-: Tengo cada vez más panza y menos pelo.

-No es para tanto, che. Además, ¿qué querés? Los años no vienen solos y mucho menos para tipos como nosotros que tenemos esposa e hijos.

-Y sí, la vida de casado avejenta.

Los viejos amigos sonrieron y tras ensayar un breve brindis bebieron de sus respectivos cortados.

-Igual te digo, Fran -retomó Pedro-, la pasarela nueva estará re linda pero hay otras cosas que se ven muy mal. Recién pasé por el muelle y se está cayendo a pedazos.

-¿Y viste los balnearios? La mitad está sin terminar y la otra la demolieron.

-Sí, me pareció. ¿Qué pasó?

-Por una disposición municipal se decidió anular la avenida para ampliar la zona de playa que con los años se había ido achicando por la erosión habitual de las costas.

-Claro.

-Entonces, una vez que sacaron la costanera, las autoridades obligaron a los balnearios a reubicarse para seguir ganando espacio.

-Mirá vos.

-Los balnearios que tenían plata pudieron hacerlo y levantaron construcciones nuevas, en piedra y madera, mucho más lindas que los viejos hechos de hormigón, pero los de menos recursos desaparecieron de la noche a la mañana.

-¡Qué loco!

-Y la cosa no terminó ahí.

-¿Ah, sí? -preguntó Pedro, quien cada tanto giraba la cabeza hacia un lado y el otro para seguir con la mirada los pasos inquietos de su hija.

-También pasó que al sacar la avenida a muchos hoteleros nos complicaron el negocio, mejor dicho, la vida.

Franco acabó su cortado y tras apoyar el pocillo con fuerza sobre la madera de la mesa cambió su buen humor por un gesto serio, que ensombreció su rostro redondo.

-¿Tanto te afectó?

-Sí, bastante. Fijate que tuve que abrir una nueva entrada de auto a la vuelta de la esquina, por la calle lateral, reubicar todo el estacionamiento y clausurar el ingreso delantero que era el más pintoresco por la vista al mar.

-Entiendo.

-Y al convertirse en un lugar de difícil acceso los turistas prefirieron elegir otros alojamientos más prácticos.

-¿Para tanto?

-A vos te parecerá una boludez pero antes, con la costanera, captábamos a muchos automovilistas que recién llegaban a la villa y recorrían la avenida de una punta a la otra buscando el hotel que más les convenía.

-Y bueno, amigo. Ya le vas a encontrar la vuelta. Quedate tranquilo. La hostería es un clásico de la villa y por más que no esté tan a la vista como antes la gente sabe dónde queda.

-Igualmente, lo de la costanera no fue el único problema que arruinó el negocio.

El principal quilombo fue la plata.

-La falta de plata, ¿querrás decir?

-Tal cual -Franco dibujó media sonrisa de compromiso y bajó la vista, mientras sus dedos jugaban con una servilleta de papel, o lo que quedaba sano de ésta.

Es que el padre de Franco había solicitado décadas atrás, en el momento de mayor expansión de la villa, una serie de préstamos bancarios a largo plazo, con bajas tasas de interés pero variables que se iban ajustando por inflación, para ampliar las instalaciones de la hostería. Y para afrontar esos costos aumentó los precios, lo que inicialmente le permitió recuperar parte de la inversión aunque luego, con el correr de las temporadas, se fue produciendo una merma en la cantidad de huéspedes que por la misma plata conseguían un mejor alojamiento en los balnearios vecinos, más nuevos y modernos. De esta manera, el colchón económico de los comienzos no alcanzó para amortiguar la mala racha y cuando el dueño del Solar del Bosque murió, sólo quedaron deudas.

-Pero en los últimos años, con la dificultad de conseguir dólares para veranear en el exterior, el turismo interno repuntó muchísimo, ¿o no? –indicó Pedro.

-No te creás.

-No me lo creo. Sólo repito lo que dice el Gobierno, lo cual no implica que sea verdad.

-Más allá de lo que diga el Gobierno, lo que me importa muy poco, la realidad es que el turismo cambió. Las personas de mayor poder adquisitivo buscan otros balnearios más *top* y acá quedaron los más *gasoleros* que no sólo gastan cada vez menos sino que se quedan menos días también. Por ejemplo, antes se alojaban una quincena entera y ahora no más de un fin de semana largo.

-Como yo, que vine a pasar el fin de semana.

-¡¿Viste?! Tengo razón. ¿Y dónde estás parando?

-¿No te dije en el *email* que te mandé?

-No. Apenas me contaste que venías y nada más -Franco se rascó la cabeza, forzando la memoria-. Siempre tan expresivo vos.

-¡Mirá quien habla! Tu respuesta fue tan emotiva como mi mensaje. ¡Jajá!

-Bueno, che, ¿qué querías? Me escribiste a la dirección de la hostería y ahí me entran cientos de mensajes diarios por cuestiones de trabajo. Me sorprendiste muy ocupado.

-Como ahora, ¿no? –ironizó Pedro echando un vistazo alrededor del salón vacío que, de todos modos, se encontraba perfectamente preparado para recibir clientes de un momento a otro ya que las mesas estaban armadas con la mantelería y los cubiertos correspondientes, los mosaicos del piso relucían, las cortinas que adornaban los ventanales se percibían planchadas y perfumadas, y la cocina totalmente equipada y funcionando. Sólo faltaban personas.

-Digamos que no estoy en una buena racha.

-¿Y yo? Vine a la villa porque un compañero de trabajo me prestó un departamento en el centro. La verdad es que no tengo ni un sólo peso de más.

-Estamos todos en la misma. Yo estoy tan endeudado que no me queda otra opción que vender la hostería.

Pedro abrió grande los ojos y miró fijamente a su viejo amigo para asegurarse a través del lenguaje corporal de Franco de que éste no le estaba mintiendo.

-No me jodas.

-No te jodo. Va muy en serio -indicó el hotelero visiblemente apesadumbrado.

-O sea que viene mal de verdad la mano.

-Ni te lo imaginás.

-¿Y a quién se lo vas a vender?

-Es un grupo empresario que construyó en toda la costa y que me hizo una oferta que, sinceramente, no me puedo dar del lujo de rechazar.

-Ajá.

-Lo que más me duele es que estos tipos van a demoler la hostería para construir un complejo de *bungalós* y cabañas, lo que está de moda, ¿viste?

-¡Qué cagada! -expresó Pedro apenado y negando con la cabeza-. ¿Y cuando se hace la operación?

-Ya está casi hecha. Falta firmar. Así que en unos meses no queda ni una de estas paredes en pie.

-Y los nuevos dueños seguramente quieren empezar a construir cuanto antes para poder llegar al verano.

-Exacto.

El silencio se apoderó de la mesa en la que los dos hombres habían acabado sus cortados y ahora bebían de la fuente de recuerdos que los merodeaba, algunos de ellos como fantasmas al acecho. En el salón, mientras tanto, la hija de Pedro se había cansado de jugar sola y recostada sobre una de las paredes laterales del restorán comenzó a llamar a su padre para mostrarle algo. El padre se levantó de su silla y, derrotado por la insistencia de la pequeña, caminó hacia ella, seguido por Franco, que se movía en cámara lenta.

La hija de Pedro, que estaba en la hostería por primera vez en su corta existencia, se había sentido atraída por una serie de fotografías colgadas de uno de los muros y prestaba atención a una en especial, en blanco y negro, y lo suficientemente clara para mostrar el rostro adolescente de su padre, que databa de la época en la que él

pasaba allí las vacaciones de verano junto a sus padres. Fueron cinco eneros seguidos hasta que su familia, molesta porque los turistas se volvieron cada vez más irresponsables, ruidosos, dañinos y borrachos, decidió cambiar de destino turístico. Luego, Pedro, quien había considerado aquel período como el más feliz de su vida, comenzó a vacacionar con su grupo de amigos en otros balnearios de la costa. Así, sólo volvió a la villa alguna que otra vez cuando estuvo de paso hacia otro lugar pero nunca lo había hecho de manera decidida y planeada como aquella tarde en la que se reencontró en persona con las memorias de su juventud.

-¡Mirá esta foto! –expresó Pedro al ver un retrato del frente de la hostería en la que él, Franco y otros cuatro adolescentes estaban apoyados sobre el tronco ubicado al costado del cartel.

-¿Te acordás de quiénes son? –preguntó Franco, quien descolgó el porta retrato de la pared para mostrárselo de cerca a Pedro.

-Claro que me acuerdo –respondió Pedro tomando con sus manos la fotografía enmarcada-. Estos dos de la punta, los que están sentados, son Jorge y Claudia –añadió señalando a estas dos personas con el dedo sobre el vidrio que cubría la imagen.

-Los hermanos inseparables.

-Sí, me acuerdo. Iban a todos lados juntos.

-Y eso que se vivían peleando.

-Cierto.

-Acá estoy yo –se señaló Franco en la foto-, al lado de Sabrina.

-¿Alguna vez te comiste a esa morocha? Porque te tenía unas ganas....

-Nunca me gustó. Para mí no era tan linda.

-Tampoco era fea.

-Pero no era Violeta –agregó Franco y luego dirigió su índice derecho hacia la chica alta y flaca, con una cabellera castaña y larga hasta la cintura, que estaba ubicada en el sector izquierdo de la foto, junto al extremo del tronco del mismo lado. Pedro se veía a su derecha y ella estaba parada, con ambas manos en la cintura y la cabeza ligeramente inclinada.

| -Viole era una diosa, una modelo –suspiró Pedro-. Fijate como esta posando.

-Qué metejón tenías con esa chica, eh –Franco dijo por lo bajo y cerca de los oídos de Pedro para asegurarse que la pequeña hija de aquel no escuchase y malinterpretara una frase que podía llegar tergiversada a los oídos de su madre.

Pedro advirtió que su hija se había alejado unos metros, entretenida con otras imágenes que adornaban las paredes, y asintió.

-Pero nunca te animaste a decírselo.

-¿Y que querías? Si vos estabas todo el tiempo diciéndome que no me hiciera ilusiones, que ella no me iba a dar bola porque le gustaban los chicos más grandes que nosotros y no sé cuantas otras cosas más. ¿O no te acordás?

-Sí, me acuerdo. Pero yo te decía eso para desalentarte porque a mi también me gustaba ella y no quería que te eligiera a vos.

-Ya lo sé. En aquel entonces yo era medio lento pero no estúpido.

Franco emitió una risotada y pasó su brazo por los hombros de su viejo amigo como una manera de reconocer que él tampoco hizo nada al respecto para evitar poner en riesgo la relación que tenían en aquella época.

En dicha fotografía, Franco y Pedro tenían apenas 12 años mientras que Violeta ya había cumplido los 15 y desarrollado un cuerpo que le daba el aspecto de una mujer de mayor edad. Había sido la más grande del grupo dado que Sabrina tenía 13, al igual que Claudia, y Jorge 14.

Estos seis chicos habían compartido sus vacaciones en la villa turística donde sus padres solían hospedarse en el Solar del Bosque pero con los años el grupo se fue desarmando ya que, tal como ocurrió con la familia de Pedro, no todos siguieron veraneando allí por distintos motivos. Por eso, aquel momento de verano que quedó retratado en la fotografía fue uno de los pocos en los que el grupo original estuvo completo. Hubo otros chicos que se sumaron y luego se abrieron, y que nunca llegaron a llevarse tan bien como los seis mencionados.

-Che, ¿y sabés algo de Viole? –preguntó Pedro tras un silencio prolongado en el que un torbellino de recuerdos copó su mente.

-La tengo como amiga en el *Face* pero no la sigo mucho porque me parece que no es de las que le prestan demasiada atención a su perfil y tampoco sube muchas fotos ni hace comentarios.

-Como yo.

-Vos sos peor. No sé para que tenés una cuenta porque tu muro está vacío y encima tenés re poco amigos de contacto.

-¿Y de qué sirve tener cientos de amigos de contacto si después sólo te comunicás con unos pocos, con los que te encontrás en persona?

-En eso tenés razón.

-La verdad es que no le doy bola al *Face*. En una época lo hice pero después me aburrí. Además, dedico el poco tiempo libre que tengo a otras cosas.

-Te entiendo. Yo lo uso mucho por una cuestión laboral. Tengo a todos mis clientes entre mis contactos y así me comunico con ellos más fácil.

-Está perfecto. Yo, para trabajar no lo necesito. Es más, en la oficina estoy todo el día con la computadora pero el jefe no nos deja navegar demasiado en Internet y

cuando llegó a casa apenas chequeo el *email* y prefiero ver un poco de televisión antes que seguir sentado delante de un teclado.

-Claro. Son rutinas distintas. Yo, por ejemplo, uso la computadora casi únicamente para navegar en las redes sociales. El resto de mi trabajo lo hago en persona, de manera casi artesanal, como verás.

Los dos viejos amigos caminaban alrededor del salón siguiendo los pasos de la inquieta hija de Pedro que parecía dispuesta a revisar cada uno de los adornos del lugar, muchos de los cuales le resultaban completamente desconocidos porque representaban algo en particular de la villa, como un florero con plumerillos, o caracoles y estrellas de mar de diversos colores y tamaños.

-Al final no me contaste nada de Viole –insistió Pedro.

-No me enteré de mucho igual. Sé que vive en zona norte, que es diseñadora o algo así y tiene dos hijos. Pero ya te dije, no cuenta mucho.

-Bueno, ella era reservada.

-¡Ah!, y está separada. Pero de eso me enteré a través de otra persona.

-Mira vos.

-Ella y su familia siguieron viniendo de vacaciones hasta unos años después de que se desarmó el grupo y no la vi más, excepto por esas pocas fotos que subió a su muro.

-¿Y cómo se la ve?

-Hermosa, como siempre.

-¿En serio?

-Sí. Su cuerpo no parece haber pasado por dos embarazos. Para nada.

-¡Qué suerte tiene algunos! Ojalá mi mujer tuviera el mismo cuerpo que cuando la conocí.

-Y bueno, así es la vida.

-Lamentablemente.

-¿Qué se le va a hacer? Hay que bancársela.

-Tal cual. ¿Y de los demás que sabés?

-Con el resto de los chicos de la foto tengo un contacto un poco más fluido, aunque tampoco es permanente. Viste como son las cosas cuando vas creciendo: cada uno tiene que atender sus propios asuntos.

-Sí, lo sé.

En ese momento, dos hombres mal vestidos -llevaban pantalón de *jogging*, remera y zapatillas de lona- y cargando cada uno cargando una mochila sobre sus espaldas entraron al salón y Franco los saludó alzando la mano, tras lo cual, los recién llegados fueron directo hacia detrás del mostrador y se introdujeron en la cocina. “Son el cocinero y el mozo que vienen a trabajar en el turno noche”, explicó el dueño de la hostería a su amigo que se había sorprendido por la inesperada irrupción de aquellos dos.

-¿Y andan siempre con esa facha? –Pedro levantó el entrecejo.

-Ahora se cambian en el baño de servicio que está detrás de la cocina. Son buena gente, de acá, de la villa.

La entrada del mesero y el cocinero había provocado que la hija de Pedro quitara su atención de las fotos y adornos del salón que ya se encontraba en penumbras por falta de luz natural. Así que Franco fue hasta el tablero ubicado en la entrada y encendió un par de lámparas para iluminar mejor el ambiente, mientras que Pedro acudió a atender a la niña que, aburrida, le pedía regresar al departamento.

“Ya nos vamos. Esperá”, indicó el padre, quien sentó a la niña en una silla y le ató los cordones de las zapatillas que alguna vez habían sido blancas y que ahora se veían marrones.

-¿Todo bien? –Franco se acercó hasta donde se encontraba su amigo junto a la pequeña.

-Sí, sí. Sólo está un poco cansada de tanto caminar y se quiere volver.

-Está bien. ¿No querés otro café antes de irte?

-No, gracias. Mejor me voy.

-Aguantáme un cachito –dijo Franco y luego le sugirió, con un gesto de la mano, que se volviera a sentar, a lo que Pedro accedió.

-¿Qué pasa? –inquirió la visita una vez que el anfitrión se ubicó frente a él, al otro lado de la mesa.

-Recién se me acaba de ocurrir una idea.

-¿Cuál?

-Estaba pensando en que podríamos volver a reunir a todo el grupo de la foto antes de que demuelan la hostería. ¿Qué te parece?

-Que se yo. Estaría bueno.

-Sería como cuando éramos chicos pero sin los padres, claro está.

-Obvio.

-Estaría bárbaro: todos juntos acá, en el hotel y nos podríamos sacar las misma foto en el mismo lugar pero veinte años después.

-Más de veinte.

-Bueno, veintidós, veintitrés. Es lo mismo.

-¿Y cómo lo hacemos?

-Ya te dije. Yo los tengo a todos en mis contactos de *Face*. Así que me puedo comunicar con ellos por esa vía y hacerles la propuesta.

-Va a ser difícil que nos pongamos de acuerdo con una fecha.

-Hay que buscar un fin de semana largo, después del invierno, cuando el clima empieza a mejorar.

-Podría funcionar.

-Claro que va a funcionar. Además, el hospedaje es gratis –afirmó Franco alzando la voz y extendiendo ambos brazos hacia los costados, hasta la altura de los hombros, como si tratase de rodear con ellos toda su querida hostería.

-Ése es un buen gancho porque cada uno sólo tendría que pagarse el viaje.

-Y con la comida después vemos.

-Sí, lo hacemos a la romana.

-Es una posibilidad. Igualmente, no tenemos que resolverlo todo ahora. Pero si vos me decís ahora que me das una mano para organizar todo ya me pongo en campaña. ¿Qué pensás?

-Me parece una gran idea y yo te voy a ayudar en lo que pueda. Esperemos que los demás también se copen.

-Yo creo que lo van a hacer porque todos ellos guardan los mejores recuerdos de la villa y de esta hostería.

-La verdad que uno se encariña con lugares como este.

-Decímelo a mí.

Franco y Pedro apenas pudieron charlar unos minutos más ya que la hija del segundo no paró de pedir, casi a los gritos y al borde del llanto, que la llevaran de regreso con su madre. Y antes de la partida, los dos hombres prometieron mantenerse en un contacto más fluido, y no sólo para organizar la reunión. Sin embargo, cuando el

visitante abandonó la hostería se acongojó al presentir que lo más probable era que pasaría mucho tiempo para volver a tener noticias de su viejo amigo.

III

Las paredes del Solar del Bosque hablaban constantemente y no sólo dentro del restorán. Lo hacían sin mostrar *grafitis*, revelando secretos ni exponiendo obras de arte valiosas. Sólo contaban una historia simple, la de la familia Dalla Costa y también la de la villa en la que ésta se ubicaba: *Pinar del Este*, fundada a fines del primer tercio del Siglo XX por el pionero alemán Gustav Günder Frost.

Este rincón de la costa, con playas que se extendían unos 10 kilómetros de norte a sur y con temperaturas agradables de diciembre a marzo, constaba en aquella época de 1.600 hectáreas de terrenos considerados inútiles por hallarse cubiertos de dunas y en los que sólo se podía desarrollar el ganado cimarrón. Por ello, la principal tarea de su fundador fue forestar intensivamente con coníferas y acacias para fijar la arena, aunque nunca pensó que dicho sitio se terminaría convirtiendo muchos años después en un centro turístico. Su idea original fue crear una reserva de madera para la fábrica de muebles que su familia tenía en el conurbano.

Así, antes de los turistas como Pedro, pasaron por la villa los inmigrantes europeos que escapaban de la guerra, seguidos por veganos y naturistas de alto poder adquisitivo que pretendían rebelarse contra el sistema en un ambiente agreste y por los *hippies* que adherían a la nueva moral sexual. Recién con el crecimiento del sector de la construcción aparecieron los habitantes que se dedicaron a explotar el turismo como forma de vida y levantaron los primeros hoteles mientras ellos vivían en sus chalets, el modelo de casa instalado por Günder Frost.

Ahora que Franco iba a desprenderse de la hostería de su familia, Pinar del Este era una villa con mucha actividad durante el verano, con ofertas para todos los gustos como paseos de compras, ferias artesanales, cabalgatas, excursiones en *jeep*, cuatriciclos

y avionetas; canchas de golf; escuelas de surf y esquí acuático; club de pesca; cines; teatros; bares; boliches; restaurantes y una gastronomía basada en los chocolates, gracias a su importante cuenca apícola, y la cerveza.

El bosque donde se situaba la hostería de los Dalla Costa era apenas un vértice de la Reserva Forestal Norte, que contaba con una superficie de 145.000 metros cuadrados y había sido el primer hogar del fundador de la villa. De hecho, entre la densa forestación aún se conservaba el viejo chalet de Gúnder Frost, convertido en un museo y Casa de la Cultura con un gran archivo fotográfico y una biblioteca en la que se dictaban distintos cursos culturales y de idiomas. Además, el otrora jardín del pionero alemán se había vuelto el Vivero Municipal.

En dicha reserva existían más de 100 variedades de plantas y árboles, y al menos 30 de aves, tanto estables como migratorias. Y en cuanto a la flora fueron utilizadas especies nativas como el esparto y el tupé para fijar las dunas primero y después forestar con especímenes exóticos de distintas partes del mundo. Las gramíneas y leguminosas, como las acacias, fueron las que enriquecieron el suelo con nitrógeno y posibilitaron el desarrollo de otras plantas y árboles. Actualmente, la reserva cuenta pinos, cipreses, álamos, eucaliptus, acacias, ciruelos nísperos, manzanos, perales, higueras, casuarinas, olmos, sauces, fresnos, arces, encinas, olivos, laureles, tamariscos, robles, alcornoques y retamas.

Respecto a las aves, los bosques servían de hogar para zorzales, gorriones, tacuaritas, calandrias, benteveos, chingolos, ratonas, carpinteros, churrinches, tordos, mulatos, naranjeros, verderones, tijeretas y golondrinas. Mientras que sobre el frente marítimo podían observarse gaviotas, ostreros y palomas antárticas.

El caso de las gaviotas, especialmente las capucho café, merece un párrafo aparte ya que estas aves habían mantenido mucho tiempo atrás una relación especial con

los Dalla Costa, cuando esta familia recién comenzaba a dar sus primeros pasos en el rubro de la hotelería y el padre de Franco llegó a adoptarlas como mascotas. Fueron años en los que el hombre iba cada mañana a la carnicería y regresaba al jardín de la hostería con una bolsa repleta de huesos con carne. Se cebaba unos mates sentado en un banco de madera ubicado en el medio de pasto y comenzaba a arrojar los huesos al suelo arenoso. Y al cabo de unos minutos una bandada de gaviotas aterrizaba para comer. De esta manera se desarrollaba un espectáculo que atraía a toda la familia y también a los huéspedes que se entretenían viendo como las aves revoloteaban de un lado al otro con huesos colgando de sus picos ganchudos y agitándose con un ruidoso aleteo. Claro que con el paso del tiempo la fauna marina disminuyó su presencia en la villa en detrimento del crecimiento de la naturaleza muerta y el show de las gaviotas finalmente desapareció del mundo físico, pero al menos quedó grabado para siempre en la memoria de todos aquellos que alguna vez lo vivieron en carne propia.

Uno de los fanáticos de ese espectáculo aéreo con las gaviotas fue Ángel, un primo de Franco, quien tenía dos hermanas menores, por lo que siempre lo consideró a aquel como un hermano mayor ya que tenía 12 años más que él. “Angelito”, como todos los que conocieron llegaron a llamarlo, cursaba la escuela secundaria cuando Pinar del Este fue declarado Municipio, ocasión en la que entrevistó al fundador de la villa para el periódico del colegio. Ese artículo cuasi periodístico fue el orgullo de toda la familia, excepto para Franco y sus hermanas, quienes eran muy pequeños para asimilar la reacción de los demás Dalla Costa cuando se produjo la publicación, y así terminó en un cuadro colgado de la recepción de la hostería.

Ese cuadro, que contenía ni más ni menos que la última declaración pública de Günder Frost ya que éste murió unos meses después de la misma, fue a parar al interior de una gran caja de cartón junto a otros tantos recuerdos que Franco había comenzado a

guardar antes de desalojar el inmueble para que fuera demolido. El artículo, que ocupaba las cuatro páginas centrales del periódico escolar, comenzaba con una breve reseña de la historia de la familia Gnder Frost como preámbulo de la caracterización de Gustav, o “Don Gustavo”, como todos los habitantes de la villa llamaban al fundador de su pueblo.

Este hombre había nacido en marzo de 1901, en Alemania y, según escribió Angelito, se convirtió “en el primer miembro de su familia en terminar la escuela secundaria”. Pero el inexperto entrevistador olvid mencionar que más allá de no haber obtenido ningún diploma escolar, los viejos Gnder Frost fueron muy educados y se instruyeron de manera autodidacta.

Luego de salir del colegio, y cuando los estragos de la Primera Guerra Mundial aún calaban hondo en su nación, Gustav decidió cruzar el Atlántico para instalarse en nuestro país dejando atrás a su esposa embarazada, pero con la promesa de que la enviar a buscar cuando lograra establecerse y prosperar en el negocio familiar, el cual se trataba de la venta de instrumental quirúrgico para dentistas que fabricaba su propio padre, Andreas, quien supo ser un ferviente promotor del trueque. De hecho, su trabajo le había permitido recibir numerosas ofertas para ocupar puestos gubernamentales pero él siempre prefirió mantenerse como un comerciante independiente.

Andreas fue el encargado de enviar sus productos por barco a su hijo, quien en poco tiempo alquil un pequeño local ubicado en el centro de la Capital Federal, cerca de su domicilio. Recién entonces pagó los pasajes de su mujer, Olga Richter y su hija bebé, a la que recién conoció cuando ambas amarraron en el puerto tras más de un mes de viaje a bordo de una embarcación a vapor.

“Pero Don Gustavo había heredado también de su padre un espíritu inventor, por lo que convirtió el sótano de su casa en un laboratorio”, indicó el artículo. Y en ese

sentido agregó que en sus horas libres, Gustav permaneció encerrado en el subsuelo o en la biblioteca sin pisar ni una sola vez el aula de una Facultad ya que despreciaba a aquellas personas que ostentaban sus títulos universitarios.

El primer proyecto científico de Gustav, un profundo admirador de los logros de Henry Ford y Thomas Edison, fue elaborar un mecanismo para aprovechar la energía producida por las mareas y, motivado por estas y otras “locas” ideas, alternó su trabajo en el negocio familiar, el cual pasó a ser manejado por sus hermanos menores cuando estos se radicaron también en el país, con el de ingeniero y químico en una empresa de refrigeradores.

Luego, en 1926, sus hermanos compraron una estancia de cuatro hectáreas de tierra baja en el norte del conurbano que fueron rellenadas por Gustav, quien dejó dos lagunas, y desde donde ampliaron el negocio familiar agregando la venta de elementos de óptica y fotografía que se importaban de Alemania.

A los Günder Frost les fue realmente bien con esas actividades, a las que en poco tiempo le añadieron la importación de artículos para bebés y niños. De esta manera se convirtieron en la casa de venta de este tipo de artículos más importante de Sudamérica. Entonces, Gustav y sus hermanos decidieron abrir una fábrica para la confección de los cochecitos, cunas y camitas en la que llegaron a trabajar unos 150 obreros.

En 1931, cuando su vida era próspera y tranquila, Gustav se fue a veranear con su familia a Mar del Plata donde conoció al dueño de casi todos los campos de la zona costera y que era, además, un gran forestador. Este hombre le habló de una franja de médanos que existía al norte de esa ciudad y que estaba en venta. El inmigrante alemán, quien desde chico siempre había querido pasar más tiempo junto al mar, se interesó en esa oferta ya que, más allá de saciar sus gustos personales, buscaba un campo donde

plantar pinos que, con el tiempo, pudiesen abastecer de la madera necesaria para reemplazar a la que traía desde la Mesopotamia para la fábrica de su familia.

Así fue que al día siguiente de tomar conocimiento de esa franja de médanos se fue junto al vendedor a ver esos terrenos. Viajaron en *sulky* y Gustav quedó maravillado ante la inmensidad de arena ubicada frente al océano. Una vez allí, hizo en el suelo algunos pozos con sus manos y comprobó que el agua dulce estaba muy cerca de la superficie. “Esto terminó por empujarlo a tomar una decisión y así fue que se arriesgó a comprar lo que hoy se convirtió en el Municipio de Pinar del Este”, reseñó Angelito.

Pero cuando regresó de sus vacaciones sus hermanos le reprocharon que había malgastado una importante suma de dinero en “un montón de arena”. Gustav no les prestó atención y siguió con su plan, mientras que en la fábrica se perfeccionó en la construcción de muebles extensibles para el aseo y vestido de bebés. Además, en sus ratos libres, inventó un vaporizador para cocina a querosén, nafta y gas oil, y un regulador de velocidad para cargadores.

Incansable, Gustav contrató gente para que se instalase en los médanos recientemente adquiridos. Él enviaba por tren las plantas para comenzar con la forestación y el resto del transporte se llevó a cabo por medio de carros tirados por caballos. A su vez, el pionero viajó a sus nuevos terrenos cada quince días para supervisar el trabajo realizado, el cual rápidamente se convirtió en una gran frustración ya que los primeros árboles plantados se secaron por acción de los vientos y de la arena voladora.

Al cabo de un año, Gustav inició la construcción de su propia vivienda sobre un médano situado a pocas cuerdas del mar. Los paneles de madera se confeccionaron en la fábrica familiar y los montaron sobre la arena. Los albañiles hicieron un encadenado y levantaron una estructura rígida que fue llevada desde la Capital. Las paredes se

hicieron dobles ya que la madera quedó cubierta por un revoque grueso. Y el hueco entre ambas paredes se rellenoó con material aislante. Finalmente, la casa de los Gnder Frost constó de cuatro ambientes: cocina, baño y dos habitaciones, y más adelante se agregó un *toilette* al dormitorio principal.

En tanto, la forestación siguió siendo un problema sin soluci3n y, en 1934, Gustav contrató a un ingeniero alemán amigo de la familia para que lo ayudase. Durante un año realizaron juntos una serie de intentos sin 3xito, por lo que el ingeniero le dijo a su compatriota que en ese suelo de arena no iba a crecer nada y regresó a su país.

Despu3s de seguir intentando por su cuenta, el pionero comprendió que debía detener el movimiento de la arena para que los árboles pudiesen crecer sin secarse. Así, puso en práctica un m3todo propio de trazar cuadrados de diez metros por lado y plantar esparto alrededor de los mismos. El esparto resultó fuerte y resistente ante los vientos y la composici3n calcárea de la arena. Entonces, en el centro de los cuadrados sembró cebada y un tr3bol que enriqueci3 el suelo tomando nitr3geno del aire y volvi3ndolo más f3rtil. Luego, en un tubo de cart3n alquitranado colocó una mezcla de tierra negra y arena y all plantó la semilla del rbol. Finalmente, depositó ese tubo dentro del cuadrado haciendo que la raíz buscase el agua en la profundidad y quedase afirmado en el suelo para evitar ser arrancado por el viento.

A pesar de que este m3todo funcionó, la p3rdida de árboles fue importante, por lo que Gustav decidi3 importar una acacia que crecía en la zona costera de Australia, a la misma latitud y adaptada al suelo arenoso y los fuertes vientos salinos. Y esta idea funcionó de manera extraordinaria ya que le permiti3 plantar un pino rodeado de tres acacias para que estas los protegiesen.

De esta manera, Gustav desarrolló la forestaci3n de los m3danos desde el mar hacia tierra adentro y los bosques fueron tomando forma, al tiempo que la villa comenz3

a crecer. Los pobladores cultivaron sus propias huertas y ordeñaron la leche de las chivas para aprovisionarse. También construyeron un gran gallinero para vender huevos, pero el negocio no prosperó y Gustav terminó usando los huevos sobrantes como abono para el suelo.

A comienzo de los 40', el dinero de los Gúnder Frost se estaba acabando, por lo que Gustav construyó una casa frente al mar para alquilarla durante el verano. Publicó un aviso en un diario de la Capital y fue un empresario extranjero el que le respondió y terminó pasando toda la temporada en ese inmueble a cambio de mucho dinero.

Esa experiencia llevó a Gustav a ver que la villa se podía convertir en un centro turístico y al verano siguiente decidió alquilar la nueva vivienda a distintos visitantes a los que iba a buscar en *sulky* hasta la estación ferroviaria de Cosme, la ciudad más cercana y situada hacia el oeste.

Todos los turistas que alquilaron esa casa, incluyendo el empresario extranjero, regresaron de sus vacaciones completamente fascinados con la villa y recomendaron a sus conocidos ir a visitarla. Se fue corriendo la voz y las personas más adineradas de la Capital y sus alrededores comenzaron a comprar lotes en el pueblo.

Gracias a ese negocio, Gustav solucionó sus problemas económicos, abandonó definitivamente su intención de plantar bosques para obtener madera para su fábrica y se dedicó de lleno a administrar un balneario.

Al poco tiempo, el turismo experimentó un crecimiento tremendo a partir de la apertura de un camino de acceso a la villa desde la ruta interbalnearia que permitió a los visitantes llegar en sus propios vehículos.

Ante la gran cantidad de turistas, Gustav transformó su vivero en un almacén de ramos generales para que los veraneantes no tuviesen que salir de la villa a realizar las compras. Él mismo se encargaba dos veces por semana de traer desde Cosme distintos

productos alimenticios, de higiene personal y de limpieza. Y antes de cada viaje les pedía a los visitantes que le entregasen una lista con lo que necesitarían.

La puesta en funcionamiento del almacén fue seguida por la instalación de un surtidor de nafta y de un taller mecánico para atender las necesidades de los autos de los turistas y también de las máquinas viales que Gustav fue adquiriendo para mantener en buen estado las calles internas de la villa.

Pero tanto crecimiento repentino obligó al pionero alemán a invertir en infraestructura, así que pronto tuvo que comprar dos generadores para brindar electricidad al menos un par de horas por la mañana y otro tanto por la noche. En aquella época, justo antes de las agujas del reloj marcaran el 12, desde la central se avisaba con guiños de luces que las mismas se iban a apagar durante toda la madrugada y así la gente recurría al uso de velas y faroles a combustible.

Para entonces, Gustav dedicaba gran parte de su tiempo al trazado de las calles internas para poder satisfacer los requerimientos del pujante parque automotor. Y como le había ocurrido con la forestación, tuvo que realizar una serie de experimentos previos para descubrir que si a la arena le aplicaba tierra gredosa se evitaba la formación de pantanos después de cada lluvia y se podía transitar sin demasiados problemas.

En cuanto a la construcción inmobiliaria, los propietarios copiaron el estilo de la casa de Gustav y levantaron chalets alpinos al estilo europeo entre calles sinuosas y las laderas de los médanos.

La década del 50' trajo a la villa la primera escuela y la sala de primeros auxilios. Además, una empresa de micros de larga distancia comenzó a realizar viajes regulares durante el verano, por lo que siguió aumentando la visita de los turistas. Y a partir de este desarrollo urbano surgieron los primeros hoteles y locales gastronómicos, varios de los cuales se mantuvieron abiertos hasta la actualidad.

Pero el punto máximo de crecimiento se produjo en los 60', cuando Gustav implementó un plan mediante el cual si el comprador de un terreno comenzaba a construir inmediatamente su casa y a los seis meses llegaba a los dinteles, recibía un descuento del 50% sobre el precio del lote. De esa manera proliferaron los edificios de propiedad horizontal, como los dúplex, que le dieron un nuevo aspecto a la villa.

Luego, en los 70' se asfaltó la avenida principal que cruzaba el pueblo de un extremo al otro y a la vera de este camino central proliferaron los negocios y edificios.

Por su parte, Gustav, quien ya había convertido su primera casa en una oficina donde se administraba la venta de lotes, se mudó a una nueva vivienda más amplia y frente al mar, que se construyó en base a los gustos de su esposa.

Por aquellos años ya había energía eléctrica las 24 horas del día, un hospital que había reemplazado a la sala de primeros auxilios, la oficina de correos, un cuartel de bomberos voluntarios y la comisaría local. Y todo esto le permitió a la villa independizarse por completo de Cosme.

A fines de los setenta se construyó el muelle y el club de pesca, la terminal de micros y el aeródromo. Mientras tanto, Gustav siguió brindando los servicios viales sacando a la calle sus máquinas después de cada lluvia.

El fundador de Pinar del Este trabajó incansablemente hasta mediados de 1979, cuando primero murió su esposa Olga y unos meses más tarde él. Y los restos de ambos fueron inhumados en el cementerio local en sendas ceremonias a las que asistió prácticamente toda la población de la villa que tanto los quería.

Fue unos días antes de la muerte de Olga que Don Gustavo dio la entrevista a Angelito, luego de la cual, y al quedar viudo, prefirió evitar las grandes exposiciones públicas. Y si bien se lo siguió viendo por las calles haciendo sus quehaceres, el pionero alemán adoptó una postura más silenciosa.

Por entonces, Gustav tenía un aspecto similar al de Papá Noel, con una larga y tupida barba blanca, y siempre usaba un sombrero de *safari* para ocultar su calvicie, aunque algunos cabellos blancuzcos y ensortijados se alcanzaban a ver detrás de sus orejas y justo arriba de la nuca. Sus ojos permanecieron azules como el mar y su piel rosada, como si el sol de la playa no hubiese podido tostarla a pesar de tantos años de contacto mutuo. Y en cada palabra que pronunciaba acentuaba las consonantes, especialmente, las “R”, señal de que nunca perdió la esencia de su lengua nativa.

“Angelito:- Don Gustavo, ¿por qué llamó a este lugar Pinar del Este?”

“-Porque cuando llegué la primera vez a esta zona, los únicos bosques de pinos se ubicaban alrededor de las estación de trenes de Cosme, el pueblo más cercano y, por entonces, cabecera de partido. Y como eso queda al oeste y nosotros estamos sobre la costa, la villa se convirtió en el primer pinar del este.

“-Cuando usted compró estos terrenos eran sólo médanos, ¿desde esa época ya le interesaban los lugares agrestes?”

“-Lo cierto es que a mi padres les encantaba vivir en contacto permanente con la naturaleza y de chicos nos inculcaron esos gustos. Y cuando llegué a este país, las grandes ciudades no estaban preparadas para albergar a tantos inmigrantes que buscaban trabajo y un techo digno, así que entendí que lo mejor sería alejarme de los centros urbanos y explorar nuevos lugares, como este, que era inhóspito.

“-¿Pensó desde el comienzo que esos terrenos iban a convertirse en un municipio independiente?”

“-Para nada. Yo soñaba con ser inventor, pero terminé convirtiendo un desierto en un pueblo a base a mucho esfuerzo y trabajo.

“-¿Fue muy difícil forestar los médanos?”

“-Digamos que tuve que sacrificar mucho tiempo, dinero y, sobre todo, afectos para poder lograrlo. Y en los comienzos perdí más de lo que gané, pero seguí adelante hasta cumplir con mis planes, a pesar de que muchas personas, ante cada fracaso que tuve, me pusieron trabas y quisieron desalentarme.

“-¿Qué piensa cuando lo llaman pionero?

“-Para mí, los verdaderos pioneros de la villa fueron los hombres y mujeres de distintas culturas que se animaron con el correr de los años a poblar este pueblo que en un inicio era como el Sahara, no tenía ni una sola planta. Imagínese lo que era vivir en un lugar así. Recuerdo que Olga se puso a llorar apenas vio donde íbamos a construir nuestra casa y eso que estaba junto a la avenida principal, bah, la única calle ancha de la zona. Al principio fue una desesperación total porque no había nada ni nadie.

“-Pero ustedes, al haber pasado por una guerra, ¿no estaban acostumbrados a vivir en condiciones desfavorables?

“-Seguro que sí. La guerra es la peor cara de la humanidad. Pero la guerra no depende de uno mismo. Acá fue distinto porque fui yo el que eligió vivir en este lugar y asumir las dificultades que ello implicaba.

“-Cuéntenos un poco de cómo era la vida por acá.

“-Bueno, como ya dije, Cosme era el pueblo más cercano pero estaba ubicado decenas de kilómetros tierra adentro donde vivían en su mayoría gauchos que andaban a caballo y labraban la tierra que allí no era tan arenosa. También criaban muchos animales de granja. Así que los primeros pobladores de nuestra villa tuvieron que movilizarse con tracción a sangre para poder llegar hasta ese pueblo, desde donde se continuaba otro tanto hasta la estación ferroviaria que databa de principios de siglo y se conectaba con la Capital.

“-O sea que se la pasaban viajando...

“-Y... más o menos. Eran muchas horas de *sulky* y el viaje a Capital se hacía muy largo. Generalmente, se salía de madrugada para llegar tipo diez de la mañana y tomar el tren que llegaba a la noche.

“-¿Y se podía andar de noche?

“-Era peligroso porque no se veía nada, excepto por la luz del faro de la Armada, que era la única construcción que había cuando yo llegué pero que estaba ubicada unos diez kilómetros al sur.

“-A ese problema se sumaba la falta de caminos, ¿no?

“-Tal cual. Al no haber caminos, todos los que llegaban a la villa se compraban un caballo y transitaban por la orilla, donde la arena era firme y llana. Recuerdo que al primer doctor del pueblo le tuve que prestar mi caballo para que pudiera ir a visitar a los pacientes.

“-Usted habló sobre los obstáculos que se le fueron presentado, ¿recuerda alguno en particular?

“-En una ocasión, la compañía que pavimentaba los caminos se negó a continuar el asfalto más allá de la avenida que cruzaba la villa por el medio y detuvo las obras donde comenzaban a levantarse los médanos. Entonces trajimos una gran cantidad de fardos de paja brava de los campos, que los animales no comían y por eso resultó fácil de conseguir, y con eso logramos afirmar los caminos. Pero el problema posterior fue que algunos pobladores descuidados arrojaban las colillas de cigarrillos encendidas y la paja se prendía fuego fácilmente.

“-Cuesta creer que los primeros pobladores hayan soportado vivir de manera tan difícil. ¿Cómo lo lograron?

“-Como usted sugirió anteriormente, muchos de los inmigrantes que vinieron acá en los comienzos escapaban de la guerra, del hambre, de la muerte, de la destrucción.

Así que conocían perfectamente al lado malo de la vida. Por ejemplo, un compatriota recién llegado a la villa me contó que estando en el frente de batalla se llegó a comer el pan de los muertos porque por la mañana repartían pan a los soldados que levantaban las manos, entonces él, tirado en el barro helado, levantaba los brazos de los cadáveres que yacían a su lado para que arrojaran pan hacia allí y después los recogía y se los comía. ¿No es eso algo terrible? 'No quiero más guerra, nunca más', me decía aquel pobre hombre con lágrimas en sus ojos porque había perdido absolutamente todo: su casa, sus bienes, hasta su ropa. Y como él había muchos otros que venían de la miseria más desesperante. Yo, afortunadamente, tuve una familia a la que nunca le faltó trabajo para poder subsistir.

“-¿Fue tan desesperante la situación después de la guerra en su país?

“-Extremadamente. Y eso que yo sólo viví en persona la primera posguerra. En ese tiempo el único trabajo que algunos lograban conseguir fue el de desenterrar las minas. Así que imagínese lo peligroso que era. En esas condiciones, ¿quién no iba a querer irse de mi país? Por eso, cuando fundamos la villa colocamos un cartel en la entrada que decía: 'Aquí se recibe inmigración y se brinda protección y hospitalidad a los nuevos pobladores'.

“-Volviendo a la vida en la villa, ¿cuáles fueron los principales cambios de aquella época a esta?

“-Después de los caballos aparecieron los moto vehículos y los primeros en hacer pie en la arena fueron los camiones. El médico de la villa se compró uno y con ese no solo visitaba a los pacientes sino que también llevaba a su esposa, una partera, a atender los casos de emergencia, aunque la mayoría de las embarazadas iban a dar a luz a Cosme, donde funcionaba el único hospital de la zona. Recuerdo que la primera persona nacida en la villa fue una nena, a cuya madre se le adelantó la fecha del parto y

dio a luz en su propia casa una noche lluviosa en la que no pudo salir el camión porque se quedaba encajado en el camino. Es más, yo estuve presente, asistiendo al médico y a la partera. Luego de ese incidente se decidió construir nuestro propio hospital y, seguidamente, esta escuela, la primera de la villa.

“-Su esposa fue la primera maestra y directora de esta escuela, ¿qué le decía ella sobre esos días?

“-Olga me contaba como los alumnos llegaban con las piernas lastimadas por la arena que volaba en invierno cuando cruzaban los médanos a pie para llegar a clase a tiempo. Eran chicos de distintas edades y provenientes de familias de diferentes nacionalidades, todas europeas.

“-¿Y cómo fue la convivencia entre esa personas de nacionalidades distintas?

“-En los primeros años fue difícil porque había inmigrantes de países que habían perdido la guerra y también de los que la habían ganado. Y muchos se odiaban entre sí por lo que sus respectivas naciones se habían hecho una a la otra, lo que se potenció luego de la Segunda Guerra Mundial. Pero a pesar de ello pudimos salir adelante todos juntos. En la Navidad, por ejemplo, generalmente nos reuníamos varias familias en una misma casa, formábamos un círculo alrededor del árbol, que no era como los que se compran ahora sino un pino de verdad que talábamos para la ocasión, nos tomábamos de las manos y cantábamos. La única dificultad era ponernos de acuerdo en qué idioma entonar los villancicos.

“-Además de la forestación y de la convivencia entre personas de distintas nacionalidades también fue una complicación poder construir en la arena, ¿no?

“-Y... fácil no fue. La primera edificación fue mi casa, que la construimos como un chalet rectangular, de ladrillos revocados y techo de tejas a dos aguas. Tenía una puerta en cada lateral y un porche techado todo alrededor para evitar quedar atrapados

por la acumulación de arena que se producía por el desplazamiento de los médanos durante la época de los vientos fuertes. Después, en un terreno cercano a mi casa, decidimos construir el primer hotel copiando un estilo similar y así comenzaron a llegar los turistas.

“-¿Y cómo eran esos primeros turistas?

“-Venían a quedarse todo el verano y así se establecía una relación entre ellos y el lugar y, sobre todo, nosotros, los habitantes permanentes de la villa. Nos juntábamos, mi familia y yo, a comer con ellos como si fuéramos grandes amigos y les contaba historias sobre cómo se había fundado un pueblo en el medio del desierto y a ellos les encantaba la vida salvaje de este lugar. También les conseguía caballos para que salieran a recorrer los rincones más silvestres. Y a medida que nos fuimos conociendo, porque la mayoría volvía al verano siguiente, con los demás pobladores hacíamos todos los 21 de diciembre la fiesta de bienvenida para los turistas y otra de despedida cada 21 de marzo, cuando regresaban a sus respectivos hogares, en distintas partes del país.

“-O sea que era un turismo especial...

“-Todo en esta villa es especial y, fundamentalmente, innovador. Acá la gente instalaba modas como, por ejemplo, mostrar por primera vez en las playas del país un traje de baño femenino de dos piezas.

“-Hablemos un poco más de usted, ¿cómo es su relación con el mar? Porque dicen que aquí el océano tiene un encanto único.

“-No sé si tiene encanto único pero, como ya le dije, todo aquí es especial. Recuerdo que la primera vez que fui a la playa con intenciones de meterme al agua no tenía malla. Entonces Olga consiguió un poco de lana color azul, no sé bien de dónde la sacó, y en un rato me tejió un traje de baño. Claro que cuando me zambullí, la malla desapareció y quedé completamente desnudo. Por suerte, no había otras personas

presentes, excepto por mi esposa, y pude salir del agua como Dios me trajo al mundo. En cambio, Olga nunca en su vida se animó a meterse al mar porque le tenía, aun le tiene, mucho miedo al agua. Es más, a veces, sobre todo en los primeros años, se despertaba en medio de la noche y se estiraba hasta tocar el suelo de la habitación para asegurarse que la marea no había llegado hasta adentro de nuestra casa. Las noches sí que eran verdaderamente especiales ya que en ese momento del día solían pasar cosas extrañas.

“-¿Cómo cuáles?

“-¡Uh!, tengo tantas anécdotas. Pero hay que aclarar que en los comienzos las noches también fueron difíciles porque uno tenía mucho tiempo para pensar en lo lejos que estaba de su patria, de sus familiares que habían quedado allá y la mente daba vueltas y vueltas en un marco de oscuridad absoluta y profundo silencio. Pero también había tiempo para pasarla bien. Recuerdo que cuando apenas se fundó la telefónica, que permitió tener una comunicación sin precedentes entre los pobladores, todos estaban sorprendidos por el avance tecnológico y me llamaban antes de irse a dormir para hacerme bromas. Sabían que yo me quedaba trabajando hasta tarde y cuando yo los atendía se reían y me cortaban.

“-Recién dijo que pensó mucho en su patria. ¿No le gustaría volver a ver su tierra natal, aunque sea de paseo?

“-Hubo un tiempo en que sentí miedo de alejarme de aquí para no dejar a mi esposa e hijos y otro, en cambio, en el que me hubiese encantado regresar a mi país, sobre todo, porque es una cuenta pendiente para Olga. Pero también siento que esta villa se convirtió en nuestro único hogar y que nos habíamos vuelto parte de este lugar. Sin embargo, conocí otros inmigrantes que vivieron aquí, separados de sus parientes, que siempre quisieron volver a su país natal. Algunos lo lograron pero muchos otros no,

como el caso de un ruso que había formado parte de las filas del Ejército Rojo y que había dejado a su hija en Moscú. Casi unos cincuenta años después tuvo noticias de ella cuando su nieto, que lo había localizado vaya a saber uno cómo, lo llamó por teléfono y le avisó que su madre había muerto. Pero no le recriminó nada, al contrario, le recordó que su mamá lo había amado y extrañado siempre a pesar de la distancia. Sabe, es muy doloroso estar lejos de casa pero yo, estando acá, me siento en casa, así que no creo que me vaya a ir de acá.

“-Cambiando tema, y hablando de cosas lindas, ¿es cierto que a usted le gusta cantar mucho?

“-Sí, sí, es cierto. Cuando tenía su edad, en la escuela nos incentivaban a cantar todo el tiempo, como en el Ejército, pero cada vez que la docente me escuchaba me pedía que no lo hiciese porque desentonaba. Por eso me desquito cantando cada vez que puedo, en la ducha o cuando camino por la calle.

“-Don Gustavo, quienes más lo conocen lo describen como una persona inquieta, que anda de un lado para el otro. ¿Siempre fue así? ¿No se cansa con el paso de los años?

“-Ahora ando mucho menos que antes porque mis hijos no me dejan conducir. Pero antes tenía un *jeep*, tipo militar, con el que recorría las plantaciones para supervisar al personal encargado del riego. También llevaba y traía paja de lino de los campos del oeste. Me encantaba andar entre las dunas y pozos porque soy un amante de la naturaleza.

“-También dicen que usted ama tanto la naturaleza que no permitía que los pobladores dispararan por deporte contra los animales de la zona, especialmente, las aves.

“-Eso fue un problema porque en una época en que hubo muchos aficionados al tiro, dada la formación militar de ciertos pobladores que andaban siempre armados. Pero si yo los veía *in fraganti* disparando en los médanos les sacaba las escopetas y se las entregaba a la Policía, je.

“-Entonces, ¿les da la razón a los que dicen que a veces tenía mal carácter?

“-Admito que soy una persona difícil de tratar aunque eso nunca fue un conflicto para mí, excepto en mi relación con mis hijos. Yo sé que no fui el mejor padre, que nunca tuve suficiente tiempo para ellos, que debí escucharlos y contenerlos más. Pero bueno.... uno hace lo que puede. De todos modos, sé que cuando yo abandone esta vida y no nos peleemos más, mis hijos van a entender por qué fui lo que fui, por qué hice lo que hice. Es sólo una cuestión de tiempo.”

La entrevista de Angelito a Don Gustavo no trascendió el ámbito escolar ni el seno de la familia Dalla Costa hasta que el primero de ellos, en el verano siguiente a que terminó el secundario, murió tras chocar el auto en el que viajaba junto a otros amigos en la ruta de acceso a la villa. Al momento del accidente, Ángel y sus acompañantes, que también fallecieron a raíz del impacto del vehículo contra un gran pino ubicado a la vera del camino, regresaba de bailar en un boliche de un balneario vecino y disfrutaban de sus últimas vacaciones antes de comenzar a cursar en la Universidad, lo que implicaba para los habitantes de Pinar del Este tener que abandonar definitivamente el nido y radicarse en las grandes ciudades donde funcionaban las altas casas de estudio.

Este accidente fue una tremenda tragedia para toda la villa que se vistió de luto durante días. Es más, las ironías de la vida también hicieron que la muerte de estos chicos fuese la excusa para que los noticieros nacionales mencionaran por primera vez al pueblo fundado por Don Gustavo.

Así fue que luego de la muerte de Angelito, los habitantes de la villa comenzaron a indagar quién había sido este muchacho y terminaron difundiendo su brillante entrevista al mítico fundador del pueblo.

IV

El agobiante calor de las primeras horas de la tarde ya había dejado su lugar preponderante a la brisa fresca proveniente de un mar que seguía agitándose y moldeando olas ideales para surfear. Pero tanto Pedro como su amigo Franco tenían cuerpos demasiados jóvenes para montarse a una verdadera tabla de surf, por lo que debían conformarse con utilizar los barrenadores de telgopor. Además, estos trozos de poliestireno expandido con forma de torpedos eran significativamente más baratos que las tablas profesionales, lo que los convertían en una adquisición al alcance de los bolsillos de sus respectivos padres. Y a todo esto se sumaba que los dos, al igual que el resto de los muchachos del grupo con el que habitualmente iban a la playa, nunca habían tomado una clase de surf y sólo sabían lo que podían aprender mirando a los más grandes hacerlo.

-Todavía hay mucha gente en la playa, así que no podemos armar un partido. Mejor vayamos a barrenar –indicó Pedro, quien llevaba su tabla de telgopor bajo el brazo y vestía una musculosa de algodón gastado para evitar que el roce con la rugosidad del poliestireno le volviera a dejar un sarpullido en el estómago.

-Bueno, dale –asintió su amigo colocándose la correa de su tabla alrededor de las muñeca.

-¡Qué te hacés el surfer! Si esa tabla es casi igual a la mía.

-¡¿Y qué querés que haga, gil?! –Franco empujó a su amigo y se escuchó el chillido del telgopor al chocar ambos barrenadores-. Si tengo correa, la uso.

-¿Y los demás? –Pedro miró hacía sus espaldas buscando al resto de los chicos del grupo que formaban una ronda en la arena blanda, seca y cálida, lejos de la orilla y también de las sombrillas ocupadas por familias enteras, cuyos pequeños hijos corrían

por todos lados. Apenas los vio en el espacio libre que quedaba entre las hileras de las carpas del balneario advirtió que sus amigos charlaban con otros chicos de su edad que nunca antes había visto en la playa ni en la hostería.

-Dejalos, deben estar armando un desafío con esos pibes.

-¿Los conocés?

-No. De la villa no son y tampoco están parando en El Solar. Así que deben ser de otro balneario.

-Y por la pinta de *chetos* que tienen deben venir del centro.

-Probablemente -asintió Franco y luego palmeó a su amigo en el hombro-.

¿Adónde nos metemos?

Pedro se volvió hacia el mar en el que las olas se levantaban sobre un manto de agua oscura y caían rápidamente hasta cruzar al borde de una espuma efervescente.

-Vamos para allá -dijo señalando hacia el muelle, ubicado a varias cuadras de donde se encontraban, a pesar de lo cual, era la referencia obligada dentro del mar.

-Pero por ahí hay mucha gente -replicó Franco al tiempo que estudiaba con la mirada el sector de agua indicado por su amigo.

-Pero están las mejores olas.

Franco analizó por unos instantes más el escenario en cuestión hasta que logró divisar entre las bajas olas de la segunda rompiente un par de siluetas femeninas que le resultaron conocidas.

-¡Vos querés ir para allá porque está la mina que te gusta!

-¡Callate, tarado! ¡Nada que ver! -exclamó Pedro mostrándose ofendido y devolviendo un empujón a Franco, quien no podía parar de reírse.

-Esa mina nunca te va a dar bola. ¿Todavía no te diste cuenta?

-¿Por qué no?

-Muy sencillo: porque es más grande que nosotros.

-Esta mañana me la crucé en el restorán de la hostería y charlamos un rato. Me encantó. Es hermosa.

-¡Chocolate por la noticia! ¿Y no la invitaste a salir?

-No. No pude. Hablamos dos segundos y después ella se fue a desayunar a la mesa con su familia.

-¡Cagón!

-¿Y vos?

-¿Yo qué?

-¿Qué hacés para ganártela?

-No hago nada porque no estoy enamorado de ella, ¡jajá!

-¡¿Vés cómo sos?! No se te puede contar nada.

-Te estoy jodiendo, amigo. No te calentés.

Pedro lo miró de reojo, con una sonrisa cómplice.

-Y si tanto te gusta -continuó Franco-, yo te voy a hacer la gamba. Pero no te hagas demasiadas ilusiones.

-Ya fue. Vamos a barrenar un rato, después jugamos un rato a la pelota y a la noche vemos que hacemos.

Pedro y Franco dejaron de hablar y se encaminaron en silencio mar adentro y al pasar por al lado de la chica que les gustaba, y que iba acompañada de una amiga que también se alojaba junto a su familia en la hostería, tensaron los músculos de su abdomen, inflaron el pecho y saludaron con un ligero movimiento de la cabeza, a lo que las jovencitas respondieron con sencillo e indiferente “hola”.

Llegando hasta casi no se podía hacer pie, las olas eran altas, vigorosas y se repetían en intervalos de pocos segundos, por lo que a Pedro y Francos les resultaba

muy difícil cruzar la primer rompiente. Y en ese marco, los barrenadores terminaron siendo estorbo ya que no los dejaban bracear con suficiente fuerza y comodidad.

-Mejor barrenemos sin las tablas -propuso Franco mientras su amigo todavía luchaba por ponerse de pie luego de haber sido arrastrado por una enorme ola que le quitó su barrenador de las manos y lo impulsó hasta la orilla, lejos de su posición.

Pedro se puso de pie con esfuerzo y, masticando una derrota dolorosa e injusta, caminó hasta donde terminaban los dibujos de agua espumosa sobre la arena para recoger su tabla. Franco lo siguió y después ambos dejaron sus barrenadores junto a sus otras pertenencias -ojotas, remeras y gorras- que formaban dos pilas a la par en el suelo, lo suficientemente apartadas de la marea que comenzaba a subir.

Las chicas seguían bañándose en el mar, por lo que los dos amigos se apuraron volver a zambullirse. Lo hicieron a las corridas, como siempre, para no sentir demasiado el cambio de temperatura inevitable que se producía en sus cuerpos cuando estos se mojaban de golpe, y sin importarles que estuviesen salpicando a los demás bañistas que preferían quedarse parados cerca de la orilla para humedecer sólo sus pies, como las señoras mayores.

Pasaron braceando por al lado de las chicas y como Pedro no tenía mucha práctica en la natación y Franco, en cambio, era un frecuente nadador de aguas abiertas como la gran mayoría de los habitantes de la villa, éste fue el primero en pasar la rompiente y comenzar a flotar en el agua calma a la espera de la siguiente ola. Su amigo lo alcanzó enseguida y así comenzó la competencia entre ambos para ver quien llegaba más lejos partiendo desde la misma posición.

La ola que ambos tomaron fue tremenda, alta y con una fuerza indomable. Los dos chicos casi no necesitaron bracear demasiado para tomar impulso sino que sus

esfuerzos debieron centrarse en mantener la línea de su cuerpo equilibrada en forma horizontal para no clavarse en el fondo del mar y ser enrollado por la veloz corriente.

Franco se inclinó ligeramente de costado y alcanzó a introducirse, aunque sea por unos segundos, en el tubo y Pedro quiso hacer lo mismo pero la ola rompió justo encima de él y lo convirtió en una especie de pelota humana rebotando bajo la superficie.

En medio de ese viaje descontrolado, el cuerpo de Pedro impactó contra las delgadas piernas de la chica que tanto la gustaba y que terminó cayendo de boca sobre el agua, cuando esta apenas le llegaba unos centímetros más arriba de la cintura.

El impacto, en tanto, detuvo la marcha de Pedro, quien sintió un golpe en la espalda, a pesar de lo cual, logró reincorporarse con agilidad. Mientras que ella se quejaba del dolor y trataba de acomodarse rápidamente el corpiño de su bikini que se le había corrido por el choque.

-Disculpame, por favor. Fue sin querer -dijo Pedro acercándose a la chica, que tomaban las piernas a la altura de la tibia-. ¿Estás bien? ¿Te lastimé?

-Estoy bien. Fue sólo el golpe -respondió ella adoptando una mueca más relajada.

-Menos mal.

-Menos mal que no me pegaste con la tabla.

-Sí. Igual, creo que te hubiera dolido menos el telgopor -sonrió él, estirando su mano para ayudarla a sostenerse en pie.

-Gracias. Estoy bien -la chica recobró el equilibrio completamente por su cuenta y luego se volvió hacia la orilla buscando a su amiga, que también había sido arrastrada por la enorme ola y ahora caminaba a su encuentro para ver cómo se encontraba.

Por su parte, Franco, quien había ganado ampliamente la competencia hasta quedar recostado sobre la arena cubierta por apenas un hilo de espuma, también regresó hacia la posición de su amigo y justo antes de alcanzarlo se cruzó con las dos chicas.

-¿Están bien? ¿Se lastimaron? -preguntó.

-No pasó nada -respondió Sabrina, quien a diferencia de su amiga Violeta, hablaba con un tono juguetón. Quizás porque ella no se había llevado la peor parte del “accidente” o simplemente debido a su cálida personalidad, la cual se complementaba con una imagen risueña en la que se destacaba su baja estatura y una figura pesada.

-Bueno, nosotras ya salimos, así que nos vemos después -señaló Violeta, quien se mostraba como una persona completamente opuesta a Sabrina, y luego chapoteó a la par de ésta en dirección a donde se encontraban sus lonas y el resto de sus efectos personales.

Desde el agua, Pedro y Franco observaron como las dos amigas se alejaron dándole la espalda y, una vez que pisaron arena seca, se envolvieron en sus toallas. Segundos después, las jovencitas desenredaron sus melenas y cubrieron sus cuerpos bronceados, y por los que aun se deslizaban pequeñas gotas saladas, con sendos *shorts* de *jean* y musculosas blancas, tras lo cual, se recogieron el pelo con una cola y se sentaron a tomar mate. Y entre cebada y cebada, Violeta miraba su reloj pulsera, ansiosa.

-Esta es una buena oportunidad para ir a hablar con ella- sugirió Franco a su amigo Pedro, quien no podía dejar de mirar hacia la orilla en vez de enfocarse en las olas.

-No sé. Para mí que se calentó por lo del empujón -respondió Pedro mientras se acomodaba la malla y se sacaba la arena acumulada en sus bolsillos. También le hubiese gustado hacer lo mismo con el *slip* que llevaba debajo de la bermuda por temor a no

quedar desnudo cuando las olas lo arrastraban, pero para iba a tener que esperar a estar en un lugar privado, como el vestuario del parador.

-¡Dale, boludo! Yo te acompaño y me quedó hablando con la amiga para hacerte la gamba.

Así, los dos chicos decidieron dar por terminada la barrenada y se armaron de coraje para ir a hablar con Violeta y Sabrina. Pero cuando se encaminaron hacia donde se encontraban aquellas dos, un grupo de jóvenes se les interpuso en el trayecto y rodearon la lona donde mateaban las amigas.

-¡Cagamos! Son los tarjeteros -expresó Franco golpeando las palmas de sus manos sobre su malla mojada, a la altura de los muslos.

-Y después me decís a mí que soy mala onda. ¿Cuál es el problema? Esperamos a que se vayan y listo.

-Ves que sos un boludo. A las minas como Violeta les gustan los tipos más grandes, como lo tarjeteros. Además, ellas pueden ir a bailar y nosotros no.

-No podemos porque no nos dejan -asintió Pedro sentándose sobre la toalla que utilizaba de lona una vez que ésta se había secado-. Pero si a mi viejo le digo que me dé permiso por una vez porque tengo que ver a una chica seguro que me lo da.

Franco y Pedro permanecieron callados por un rato, a la espera de que los tarjeteros concluyeran su “chamuyo” habitual y siguieran repartiendo entradas para la matiné por los distintos balnearios. Pero esta maniobra generalmente se prolongaba porque los chicos del boliche no sólo buscaban atraer clientas sino también ganarse el cariño de las más lindas, como Violeta. Derrotados, los dos amigos finalmente desistieron de su plan inicial y optaron por ir a jugar a la pelota.

Como ocurría en todos los picados, Franco se ubicó en la posición de arquero, un puesto que conocía muy bien porque era el mismo en el que jugaba para el equipo de la 9na. División del club de la villa, la Asociación Deportiva Los Pinos, o simplemente “Los Pinos”, una entidad casi desconocida en el mundo del fútbol aunque aquel año estaba atravesando la mejor temporada de su historia que había comenzado el Día de la Virgen de 1974, cuando fue fundada por uno de los sobrinos de Gustav Günder Frost.

La idea fue crear un club identificado plenamente con la cultura de Pinar del Este y fomentar el desarrollo de los jóvenes a través de deporte, especialmente de las disciplinas por equipos como el fútbol, vóley, básquet, hockey sobre patines y hándbol. Salvo el primero, el resto de los deportes eran practicados por socios de ambos sexos, mientras que los hombres se destacaron jugando a la pelota.

Era como un club de barrio donde todos los asociados se conocían entre sí y los directivos actuaban como si fuesen vecinos corrientes de la villa. El primer gimnasio lo levantaron los propios fundadores con hierros y chapas que pagaron de su bolsillo y que también recibieron a través de donaciones de ciudadanos ilustres, como el pionero Gustav.

Allí comenzaron a practicarse las disciplinas bajo techo mientras que el fútbol se jugó en una cancha dispuesta en el mismo predio pero al aire libre. Claro que cuando llovía y no se podía entrenar ni jugar en el barro, los futbolistas practicaban en espacios reducidos dentro del gimnasio decorado con los colores verde y amarillo del escudo oficial del club y que se repetían en los uniformes de los deportistas que lo representaban con orgullo y pasión.

Después del levantar el gimnasio, el *buffet* y los vestuarios con paredes de ladrillos de cemento, se iniciaron las obras para construir el estadio de fútbol, el deporte

más popular de la villa. Y cuando se lo terminó ninguno de los directivos ni los socios dudó en bautizarlo “Günder Frost”.

Era un estadio sencillo, humilde, con una sola platea de hormigón ubicada del lado de la salida del túnel que desembocaba en el vestuario local y los dos bancos de suplentes. Y en esas gradas, de no más de 50 escalones, funcionan las cabinas para la prensa.

Detrás del arco que daba al playón de estacionamiento estaba la tribuna popular con tablonces de madera para los hinchas visitantes y debajo de la misma funcionaba el vestuario para los equipos rivales de Los Pinos.

Mientras que el lateral lindante con la calle estaba separado de la misma por un alambrado que permitía ver el partido desde la vía pública y detrás del arco pegado al gimnasio techado no había tribunas.

Por otro lado, en el gimnasio había gradas en los cuatros costados de la cancha que se utilizaba para básquet, hockey sobre patines, hándbol y vóley. Además, las chicas también utilizaban el piso de baldosas para practicar patín artístico.

En cuanto a los deportes por equipos, Los Pinos militaba en los torneos oficiales organizados por la Liga del Partido de la Costa, fundada en 1932 por el club Cosme, de la ciudad homónima. Sin embargo, esta entidad, que ostentaba el título de ser el más ganador de la historia de la liga, había quebrado en los 50' y dejado de existir para siempre, por lo que sus equipos nunca llegaron a enfrentarse con los verde amarillos de Pinar del Este, segundos en la tabla de campeonatos ganados.

Detrás de Cosme y Los Pinos se ubicaba en esa tabla histórica el club Ferroviario, de la misma ciudad que el primero y que luego de la desaparición de aquel ocupó su lugar de privilegio en la comunidad local. Así, los “ferroviarios” se

convirtieron en el clásico rival del equipo de Pinar del Este al lograr un par de torneos menos que éste.

El buen momento de Los Pinos se debía, principalmente, a que a fines de los 80'se había producido una importante migración a Pinar del Este de ex futbolistas profesionales que dejaban sus hogares en la zona metropolitana para radicarse en una villa en pleno crecimiento y alejada del frenesí de las grandes ciudades. Con la incorporación de dos de estos deportistas, un ex defensor de Boca Juniors y un mediocampista de River Plate, el equipo local inició un proceso de profesionalización de su estatus amateur con entrenamientos más rigurosos y una preparación física acorde a ese nivel. Y para comienzos de los 90', los más jóvenes habían adquirido viendo de cerca a esas ex figuras del fútbol nacional un juego de alto vuelo que los llevó a obtener resultados positivos.

Primero ganaron de manera invicta la Liga de la Costa y lo lograron con una marcada diferencia de puntos respecto de su más inmediato perseguidor, Ferroviario, al que vencieron, y por goleada, en los dos clásicos, tanto de local como de visitante, aunque en la segunda oportunidad el encuentro no terminó porque la hinchada del perdedor comenzó a producir incidentes ya que estaba enfurecidos por la humillante derrota, así que el árbitro, agredido a pedradas, decidió suspender el partido antes de que expirase el tiempo reglamentario.

Por haber ganado la Liga de la Costa, Los Pinos obtuvo la clasificación directa para el Torneo del Interior de la Temporada 90/91 y el ganador de este campeonato se aseguraba una plaza en el Nacional B, la segunda categoría del país. Nunca antes el equipo de Pinar del Este había tenido esa chance ya que anteriormente entrar al Torneo del Interior había sido más difícil y largo, con partidos de repechajes y eliminatorias previas, lo que luego fue anulado con las nuevas modificaciones del reglamento.

En aquel 1991, el Torneo del Interior se dividió en cuatro Regionales: Norte, Sur, Este y Oeste, lo que demostró la escasa imaginación de los organizadores para nombrar a esos grupos. De cada uno de estas zonas clasificaba el primero y estos cuatro conjuntos se eliminarían en partidos de ida y vuelta en dos semifinales y una gran final. Y el triunfador en esa última instancia era el equipo ascendido al Nacional B.

Los Pinos formó parte de la Regional Este, lo que resultó más que obvio teniendo en cuenta la ubicación geográfica de la ciudad de la que provenía, junto a tres equipos del área Metropolitana, todos con mucha historia e, incluso, uno de ellos, el Sportivo Español de la Capital Federal, que ya había llegado a estar en Primera División.

En la primera fecha, el conjunto del Pinar del Este ganó 1-0 como visitante en lo que significó su primer triunfo de su historia obtenido fuera de la Costa y Español triunfó de local y por goleada, por lo que ambos equipos comenzaron a perfilarse como los dos candidatos de la zona para clasificar a las semifinales. Claro que los “gallegos” evidenciaban un mejor ataque gracias al peso de sus individualidades.

La segunda jornada del Regional Este fue una fiesta para los habitantes de Pinar del Este ya que su equipo jugó en un Günder Frost colmado de hinchas, banderas y bombos, y volvió a ganar, esta vez 2-1, aunque el trámite del partido había sido mucho más favorable para local, que funcionaba bárbaro desde lo colectivo y sin depender tanto de sus “estrellas”, que lo que terminó mostrando el marcador final.

Por esa misma fecha, en tanto, Español consiguió otra goleada y como visitante, por lo que, a igualdad de puntos con Los Pinos, seguía estando primero en la tabla de posiciones por tener una mejor diferencia de gol que su inmediato competidor.

Y en la tercera jornada se produjo el gran choque, el que todos estaban esperando, el partido entre los dos equipos con puntaje ideal. Y como si eso fuera poco,

el encuentro se disputó en la cancha de Español, ubicada en el Bajo Flores porteño y que tenía la infraestructura de los estadios de los grandes conjuntos de Primera División y una capacidad para unos 30 mil espectadores, a pesar de lo cual, la hinchada local nunca ocupaba todos esos lugares porque no era demasiado numerosa.

Desde Pinar del Este viajaron cientos de hinchas de Los Pinos, entre ellos los jugadores de las inferiores del club junto a sus padres que conformaban la “barra mansa” del equipo y que se organizaron para trasladarse en vehículos particulares y así compartir los gastos. Y los demás simpatizantes que acompañaron el micro de los futbolistas de primera fueron algunos residentes pudientes de la villa turística que habitualmente no se fanatizaban pero que en esta ocasión no querían perderse lo que era, hasta ese momento, el gran partido de la historia del club, además de dar un paseo por la capital del país y hacer algunas compras en los *shoppings* donde se vendían productos de distintas variedades y, principalmente, ropa de marcas que en su pueblo no se encontraban.

De esa especie de excursión también formó parte Franco y su padre, mientras que su hermano Ángel, se quedó en la villa con su madre ya que no era tan fanático del club. Así que padre e hijo viajaron en su auto particular con la idea de pasar todo el fin de semana en la Capital, donde se hospedarían en la casa de una tía paterna de Franco quien, además, insistió en ir a visitar a su amigo Pedro ya que iba a andar por la zona.

Con los roles invertidos ya que Pedro se había convertido en el local y Franco en el visitante, éste último trató de convencer al primero a que fuera a ver el partido pero “el porteño” no se animó a pedirle permiso a su padre, por lo que fue el papá de Franco el que debió interceder para lograr que el chico concurreniera al estadio. Así, con la promesa de cuidado de un mayor conocido y de confianza, el padre de Pedro finalmente le permitió a su hijo asistir al partido.

La excitación en la noche previa al partido fue tal que los propios jugadores de Los Pinos, en especial los más jóvenes, no pudieron dormir. Es más, cuando el día antes llegaron al estadio e hicieron el reconocimiento del campo de juego muchos se frotaron los ojos al ver un césped en tan buen estado. Incluso, hubo dos o tres futbolistas que hasta se arrojaron sobre el pasto como si fuese una pileta de natación porque no podían creer adonde iban a jugar. Hasta lo besaron como si se tratara de un tesoro inigualable.

Pero los estados de ánimo traicionaron a los jugadores de Los Pinos que en la cancha se mostraron muy nerviosos y así no pudieron desplegar el fútbol que venían desarrollando en los partidos anteriores. Fue un encuentro en el que los gallegos hicieron prevalecer su mejor preparación física mientras que a los futbolistas visitantes les salió todo mal, con errores groseros, típicos de nivel amateur, inclusive. El resultado final fue un 1-0 mentiroso y como los otros equipos de la zona empataron, el conjunto de Pinar del Este siguió estando en la segunda colocación, aún con serias chances de clasificar a las semifinales.

La recuperación de Los Pinos se produjo a la semana siguiente cuando por la cuarta fecha volvió al triunfo por 2-0 y en su cancha, que nuevamente estuvo repleta de hinchas que apoyaron al equipo de su querida villa.

Por su parte, Español, empató sorpresivamente de visitante, por lo que la diferencia entre primero y segundo se redujo a tan sólo un punto. Evidentemente, los gallegos se habían relegado tras el resonante triunfo de la fecha anterior o, tal vez, especularon con la ventaja obtenida y preservaron energías para los dos partidos restantes. Sin embargo, esas fueron meras conjeturas que mantuvieron entusiasmados a los habitantes de Pinar del Este y engordaron sus expectativas.

En la quinta fecha, el principal candidato volvió al triunfo y Los Pinos consiguió una nueva victoria, otra vez de visitante, por lo que todo se definía en la última jornada

en el estadio Günder Frost. Y con una victoria, por la diferencia que fuera, el local clasificaría a semifinales y quedaría a tan solo cuatro partidos, dos en esa instancia y otro tanto en la gran final, del Nacional B, un verdadero hito, en caso de lograrlo.

La “batalla final”, como le llamaron en Pinar del Este, se disputó un sábado de diciembre, caluroso y bajo un sol radiante. Parecía un día ideal para estar en la playa, aunque casi toda la villa estuvo presente en el estadio Günder Frost, que vio sobrepasada su modesta capacidad. De hecho, las tribunas ya estaban completas desde antes que arribaran los simpatizantes de Español, que lo hicieron apenas unos minutos antes de que comenzara el partido. No eran demasiados, unos 1.000 distribuidos en 20 colectivos escolares, los típicos Mercedes Benz 1112 alquilados con el dinero de los propios dirigentes del club porteño, los cuales estacionaron en la calle lateral de la cancha formando una especie de barricada naranja.

Apenas llegaron los visitantes comenzaron los incidentes porque muchos de ellos no pudieron ingresar al estadio ya que no había más entradas, por lo que primero saquearon unos puestos de hamburguesas y choripanes ubicados en el playón de estacionamiento y luego rompieron el alambre perimetral que daba a la calle lateral y se ubicaron junto al muro de mediana estatura que los separaba del terreno de juego en una especie de corralito de dos metros de ancho y al nivel de la cancha.

Ante esa situación tuvo que intervenir la Policía que montó un cordón humano con efectivos de Infantería, provenientes de Cosme especialmente para la ocasión, que abrió u “pulmón” entre los hinchas visitantes y los locales que se ubicaban detrás de ambos arcos sin alambre de por medio con el sector ocupado por los gallegos.

El partido debió haberse suspendido porque no estaban garantizadas las medidas mínimas de seguridad. Cualquier hincha visitante podía ingresar al campo de juego en cualquier momento y con sólo saltar el muro situado a un metro de la línea de cal.

Afortunadamente, la hinchada de Español había sido escoltada durante todo el viaje desde la Capital por policías adicionales, por lo que el reducido personal de la fuerza apostado en Pinar del Este, sumado a los enviados por las autoridades de Cosme, contó con suficiente apoyo para evitar que la situación desbordase.

En ese clima de extrema tensión, en el que muchas madres e hijos se retiraron de la tribuna local antes del inicio del partido por temor a un enfrentamiento entre las dos hinchadas, comenzó a rodar la pelota y ya no importó más nada. Nadie se detuvo a pensar en el peligro de nuevos incidentes, en que se trataba de una lucha desigual entre David y Goliat, ni que habían destrozado una parte del humilde estadio, en el cual no se podía jugar de noche porque no contaba con iluminación artificial.

Fue un partido jugado con los dientes apretados, friccionado, con muchas faltas y pocas situaciones de gol. Ese tipo de juego beneficiaba a Español que conservando el cero en su arco se aseguraba al menos un empate que lo clasificaba primero. Y si bien Los Pinos no era un conjunto que se caracterizaba por el juego vistoso, un encuentro trabado y cerrado le consumía piernas más de la cuenta. De hecho, su pilar de la defensa, el ex *xeneize*, se lesionó promediando el primer tiempo y debió abandonar la cancha.

Por su parte, el ex volante riverplatense intentó liderar el equipo hacia el arco gallego pero los locales no lograban mantener el control de la pelota durante mucho tiempo, por lo que casi siempre debían ocupar posiciones defensivas y de marca.

La primera etapa terminó 0 a 0, lo que redundó en un espectáculo aburrido. Y el segundo tiempo fue más de lo mismo. No pasaba nada de nada. El único entretenimiento eran los cánticos de la hinchada local al compás de los bombos, a los que se sumaron trompetas y redoblantes, por lo que el bullicio era infernal. A esto se le agregaron unas nuevas banderas que decoraban el estadio con un verde esperanzador y

que habían sido donadas a los jugadores de inferiores por la familia Günder Frost, aunque la donación fueron las telas de colores únicamente y los chicos se encargaron de pintar distintas inscripciones como “¡Vamos Los Pinos!” y “Pinar del Este presente”.

Hasta que el “7” de Español se filtró por la defensa local por el espacio que había dejado el defensor lesionado y el líbero de Los Pinos salió a cruzarlo antes de que quedara mano a mano con el arquero. El delantero voló dentro del área, cerca de una de las líneas laterales, como si le hubiesen pegado un tiro por la espalda a quemarropa. Y el árbitro, que estaba lejos de la jugada porque había sido un contraataque, cobró penal.

Entonces se desató la furia de la hinchada local, que hasta ese entonces sólo se había dedicado a alentar. Llovieron protestas e insultos y la gran mayoría de los presentes recordaron el penal mal cobrado el año anterior en el Mundial de Italia.

Al delantero de Español poco le importó que lo insultaran y quisieran agredirlo, y con suma tranquilidad, acostumbrado a la presión que se sentía en la canchas del ascenso en el área Metropolitana, colocó la pelota en el fondo de la red.

El estadio enmudeció en sus cuatro costados, excepto por el corralito en el que seguían cantando los hinchas visitantes. Entonces comenzaron las cargadas hacia los locales, muchos de los cuales, con lágrimas en los ojos, dejaron de alentar al equipo y de putear al árbitro, y fueron a buscar a los simpatizantes gallegos para pelearse mano a mano.

Fueron varios minutos de zozobra en los que los policías tuvieron que desalojar a los hinchas locales más exaltados que corrían hacia el corralito con ganas de agarrarse a trompadas pero finalmente los efectivos lograron controlar la situación ya que los que promovían aquellos incidentes eran la gran minoría. Casi todo el resto de la hinchada local permaneció en silencio y temerosa en su lugar.

Mientras tanto, el encuentro no se suspendió ni por un segundo y el trámite del mismo fue exactamente igual al que se había visto hasta el penal. Lamentablemente para los locales no hubo reacción de Los Pinos, probablemente porque el miedo a estar tan cerca de lograr el objetivo deseado paralizó a sus jugadores. Y así llegó el pitazo final y el 1-0 para Español que selló el triste destino del humilde conjunto de Pinar del Este, el cual nunca más en su historia volvió a estar tan cerca del Nacional B.

Como consuelo, a los jugadores de Los Pinos les quedó la tranquilidad de conciencia de haber hecho su mejor esfuerzo y también un sol abrasador y las playas desiertas para pasar el resto del día lamentándose sobre la arena y al lado del mar. Nada mal para un grupo de entusiastas que, en realidad, habían logrado más de lo que ellos mismos jamás imaginaron. Porque más allá del resultado final, este plantel quedó registrado para siempre en las páginas doradas de la historia de la villa turística.

El acontecimiento deportivo que definitivamente no iba a quedar en la historia era el desafío del equipo de Franco y Pedro contra los “chetos” de las playas del centro. Había sido un picado mediocre, con pocos goles y muchas infracciones producto no sólo del bajo nivel técnico de los jugadores sino también del recelo entre los rivales que se peleaban en cada oportunidad que podían intentando demostrar que eran más “macho” que el otro.

Y mientras los chicos ponían en juego su incipiente hombría a orillas del océano, las chicas, con Sabri y Viole incluidas, jugaban al vóley entre risas y bromas en la cancha del balneario, cercana al sector de carpas, sobre la arena blanda y abultada y cuya temperatura ya había comenzado a bajar, por lo que se terminaba convirtiendo en un suelo agradable para pisar descalzo, ideal para la práctica de algún deporte.

El equipo de Franco y Pedro iba ganando cómodamente, el primero había atajado un penal y tapado varios mano a mano, mientras que su amigo, sin estar en una tarde inspirada, había marcado dos goles. En una jugada rápida, el arquero hizo un saque largo hacia Pedro, quien corrió por la orilla, justo donde terminaban las olas, uno de los límites laterales imaginarios de la cancha. Si el agua lograba frenar el balón, era saque de costado pero si podía seguir rodando la jugada continuaba. En ese marco, Pedro la tiró larga y un rival lo encaró de frente con la intención de ir directo a la pelota. Los dos jugadores trabaron con fuerza, salpicándose los cuerpos de punta a punta y lastimándose la piel de los dedos desnudos del pie. El rival cayó pesadamente en el agua, cuyo nivel en ese sector de la orilla no superaba el par de centímetros y reclamó una infracción pero Pedro, que se había hecho de la pelota siguió jugando y tras recorrer unos metros más, pateó hacia el arco conformado por dos pilas de ropa. El remate se fue desviado y lejos, y terminó dentro de la cancha de vóley donde jugaban las chicas. Pero esta vez, Pedro no dejó que el arquero rival fuese a buscar el balón, sino que él mismo corrió hasta la cancha de vóley y viendo que la pelota había caído en medio de uno de los lados de la misma y en plena jugada aguardó a un costado para pedir permiso para entrar y recogerla.

La jugada de vóley terminó con un tanto para el equipo de Viole y Sabri, quienes eran las dos jugadoras que habían quedado más cerca de la pelota de fútbol.

-Perdonen, pero me podrían pasar la pelota –pidió Pedro educadamente.

Afortunadamente para él, fue Violeta la que se molestó en recoger el balón de la arena. La joven la tomó con ambas manos y en vez de arrojarla hasta donde se encontraba Pedro, decidió caminar al encuentro del chico que sudaba en exceso y no como consecuencia del partido del fútbol y/o el calor.

-A ver si mejoran la puntería –bromeó ella depositando la pelota en las manos temblorosas de él.

-Perdón por la interrupción. Prometo que la próxima vez que pateo va a ir al arco.

“¡Dale, che! ¡Apurate!” se escuchó gritar a la distancia a uno de los chetos que todavía reclamaba infracción por la jugada en el agua. Entonces, Pedro dio media vuelta y vio la postura impaciente del resto de los jugadores, incluso de sus compañeros. Y antes de reingresar al picado se volvió hacia Viole pero ésta ya se había ido y se encontraba nuevamente junto a su equipo.

Ésa no fue el único momento de aquel atardecer en que Pedro envió la pelota de fútbol a la cancha donde jugaban las chicas, pero sí se trató de la primera y última ocasión en la que Viole fue la encargada de regresarle el balón porque la actitud de los chicos ya había comenzado a molestarla, no sólo a ella, también a Sabrina y compañía. Sin embargo, ninguna de las chicas se quejó e ignoraron a los chicos. Y de esta manera siguieron jugando hasta que escaseó la luz natural y la playa se ensombreció, señal de que era hora de levantar campamento y volver a la hostería.

Mientras que los chetos acusaron al equipo de Pedro y Franco de hacer trampa y decidieron dar por terminado el encuentro a pesar de que iban perdiendo y que el partido finalizaba cuando algunos de los dos conjuntos marcaba doce goles, cifra que ambos rivales estaban lejos de alcanzar.

Tras dar por concluido el picado, los victoriosos Pedro y Franco, sucios de arena de pies a cabeza, se sacaron las remeras sudadas y se metieron a la carrera en el mar que ya había cambiado su habitual color marrón por un tono verde oscuro debido a la menor intensidad de los rayos solares que comenzaba a pintar vetas violetas, rosas y naranjas

sobre el horizonte opuesto al océano. En tanto, del lado del mar, ya se podían ver las primeras estrellas que parecían lunares blancos sobre un manto azul negruzco.

El agua estaba fría pero a Pedro no le importaba. Lo único que hacía mermar su estado de ánimo en ese momento era que no había podido prestar atención cuando las chicas abandonaron la playa, pero igualmente se sentía feliz porque le encantaba permanecer dentro del mar, entre las olas calmas, hasta que se hiciera prácticamente de noche. Para él no había otra situación más perfecta que esa porque lograba reunir en un solo espacio temporal lo que más amaba en la vida. “Esto es lo mejor de lo mejor”, le dijo a su amigo Franco, quien se sentía exactamente igual.

-¡Cómo te quisiste hacer el piola durante el partido cuando pateabas la pelota para el lado de la cancha de vóley, eh! –exclamó Franco, quien estaba acostado sobre el fondo del mar, en un sector de escasa profundidad de la playa, lo que le permitía tener el agua a la altura del cuello y así cubrirse de la temperatura exterior que descendía bruscamente.

-¿Y vos? No te hagas el boludo porque vos sacabas lejos y para el mismo lado a propósito –retrucó Pedro riendo-. Lo que pasa es que vos estás celoso porque era yo el que iba a pedirles que nos devolvieran la pelota.

-¡¿Celoso?! Si fue una sola la vez que te devolvieron la pelota en la mano y sin ponerte cara de culo. ¿O no te diste cuenta que al final ya nos querían mandar a la mierda?

-Sí, me di cuenta.

Pedro estaba de pie, con el agua hasta las rodillas y se frotaba los brazos con piel de gallina.

-Les rompimos tanto las bolas que por eso dejaron de jugar, Peter.

-¡Que exagerado! -expresó Pedro arrojándole un manotazo a su amigo, quien para esquivarlo sumergió la cabeza en la espuma de la ola-. Las mujeres disimulan, gil. Además, yo vi como me sonrió la primera vez que me devolvió la pelota.

-¡Que iluso, por Dios! Esa mina no te va a dar bola. ¡¿Cuándo te lo vas a meter en la cabeza?!

-Vas a ver que sí. Tarde o temprano me va a dar bola.

-Me parece que estás siendo demasiado optimista, amigo –indicó Franco emergiendo del agua y poniéndose de pie.

Las palabras de Pedro no eran una prueba de optimismo puro. Por el contrario, el chico era más bien una persona pesimista, sin depresión y con cierto grado de tolerancia. Y si bien no esperaba demasiado de la vida en general, cada mínimo suceso positivo lo celebraba como un triunfo extraordinario, por más que no fuese realmente así. Claro que tampoco era un pesimista nato, de esos que asumen lo negativo como algo típico y habitual, y terminan conformándose con lo fácil y accesible, sin tener demasiadas expectativas ni grandes ambiciones. Podría decirse que él era simplemente un agradecido porque sabía perfectamente que le podría haber ido peor, como a tantos otros.

-¿Vamos a ver si están merendando en el comedor como todos los días? -insistió Pedro siguiendo de cerca los pasos de su amigo que meneaba la cabeza lateralmente.

-No creo. Ya es tarde, Pedro -respondió Franco resoplando-. Pero si querés, ahora nos fijamos.

La noche acababa de descender en silencio y en puntas de pie por la escalinata del día, por lo que los dos chicos se secaron rápidamente y regresaron directo a la hostería. Y cuando pasaron por la puerta del salón comedor advirtieron que las chicas no se encontraban allí. Seguramente se estaban bañando y preparando para salir después

por el centro, lo que Pedro y Franco también iban a hacer, aunque sus destinos dependían de si sus padres les daban permiso para ir a pasear solos, lo que finalmente no ocurrió porque se molestaron porque volvieron demasiado tarde de la playa y sin avisar.

Entonces, los chicos pasaron la noche castigados y recién se reencontraron con las chicas la tarde siguiente, en la playa, en medio de una jornada nublada y ventosa, en la que el clima hacía menos atractivo meterse en el mar, por lo que el grupo pasó gran parte del tiempo jugando cerca de la orilla, aprovechando que había poca gente.

Pero esta vez no hubo sólo fútbol y vóley, sino también un poco de paleta. Fue Franco al que se le ocurrió tomar las paletas de madera de la baulera de la hostería de sus padres y llevarlas a la playa para jugar con Pedro y el resto de sus amigos que preferían la pelota. Sin embargo, disputar un picado era un problema ya que no había suficientes jugadores, por lo que prevaleció la idea inicial de Franco.

Éste y Pedro fueron los primeros en paletear mano a mano en un sector de arena dura y húmeda cercana al agua, mientras que Violeta y Sabrina los siguieron y se ubicaron a unos pocos metros de distancia. Hasta que apareció en el lugar una tía de Franco que trabajaba en El Solar y que conocía a todos los huéspedes y las relaciones e intereses entre los mismos, y al ver a los dos partidos simultáneo propuso en voz alta, y provocando cierto grado de vergüenza en los chicos, que jugaran “en parejas”, es decir, dos contra dos, como en un doble de tenis o de pádel.

-¿Jugamos varones contra mujeres? –preguntó Franco a las chicas, ante la atenta mirada de la tía que no podía borrar la sonrisa socarrona de su rostro.

-Mejor jueguen mixto –propuso la mujer que acababa de terminar su turno en la hostería y, evidentemente, no tenía nada mejor que hacer.

Y así fue que Pedro invitó a Violeta a que sea su pareja de paleta ante Franco y Sabrina, quien gustaba de aquel a pesar de que el chico no sentía la misma atracción. Claramente, a la chica no correspondida no le favorecía pasar tanto tiempo al lado de Viole, quien era la más linda de las dos y atraía todas las miradas masculinas.

Así, las dos parejas desparejas jugaron un rato hasta que Sabrina propuso regresar a la hostería para tomar la merienda. Entre galletitas, facturas y leche chocolatada, los cuatro chicos junto a los hermanos Jorge y Claudia, quienes no eran aficionados a los deportes, por lo que él pasaba la mayoría del tiempo en la playa leyendo y ella escuchando música en su *walkman*, despidieron la tarde entre risas y bromas.

A pesar de la buena onda, el “nerd” de Jorge, como Pedro y Franco solían llamarlo especialmente cuando aquel los criticaba por perder tanto el tiempo en el fútbol ya sea jugando o hablando sobre ello, consideraba que Violeta y Sabrina podían resultar “malas influencias” para su hermana menor que, a diferencia de él, se sentía a gusto con las chicas y sólo se quejaba cuando su hermano mayor la sobreprotegía.

“¿Por qué no nos sacamos una foto todos juntos?”, propuso Claudia, a lo que los demás accedieron sin reparos. Entonces, todos se pusieron de pie, y a instancias de Franco, se dirigieron hasta el jardín delantero de la hostería y se ubicaron junto al cartel de madera recién barnizada que rezaba “El Solar del Bosque”.

-Se acabó el rollo- indicó Claudia tras realizar unas primeras tomas de prueba, pero sólo de Viole y Sabri, con la cámara de sus padres.

-Andá a pedirle a papá que te de plata para comprar uno nuevo, Clau –respondió Jorge señalando a su hermana con el dedo índice y abriendo grande sus ojos saltones que parecían aumentar su tamaño detrás del grueso marco negro de sus anteojos rectangulares que el chico nunca se sacaba, lo que fomentaba las bromas del resto de los

miembros del grupo de amigos. Y si bien eran típicas cosas de chicos, los chistes subían de tono, hasta rozar el mal gusto, cuando el *nerd* iba a la playa con medias y ojotas, no se sacaba la remera para tomar sol ni se metía al mar.

Al percibir el cortocircuito entre los hermanos, Franco decidió intervenir y les dijo que no se preocuparan ya que en la recepción había una cámara perteneciente a la hostería y que podía utilizarla sin problemas. Incluso, le pidió a la encargada que fuera la que tomara la fotografía para que ninguno de los integrantes del grupo quedara excluido de la misma.